

CAIGA QUIEN CAIGA

H. S. THELS

Caiga quien caiga

Colección ESPACIO

Caiga quien caiga

POR

H. S. Thels

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: B. 15119 - 1959

Núm. de Registro: 6194 - 59

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



ESPUÉS de echar una ojeada a su despacho, seguro de que ninguno de los empleados a sus órdenes le miraba, Olaf volvió a tirar del cajón de su mesa, lanzando una amorosa mirada al estuche de fieltro que había allí, durante unos segundos y con una sonrisa de íntima satisfacción, contempló el estuche, acariciándolo después, pero sin atreverse a dejar que sus dedos se acercasen al broche dorado que lo abría. Un poco más tarde, cuando creyó haber gozado bastante de la simple contemplación del continente, se atrevió a echar una nueva ojeada al contenido.

Y valía la pena.

Las piedras, diamantes de una gran pureza, se sucedían, unos al lado de los otros, engarzados en finos canales de platino, aumentando de tamaño a medida que, por ambos lados, se acercaban al centro, donde el más grande de todos, una hermosa piedra en verdad, lanzaba mil destellos distintos en el rostro juvenil y simpático de Olaf.

Se hubiese sorprendido él mismo de haberlo sabido; pero, en aquel momento, como cada vez que había repetido la misma simple operación—abrir el cajón, acariciar el estuche, abrirlo finalmente y extasiarse ante las joyas—, su imaginación veía algo más que aquellas gemas que brillaban sobre el satinado que las guardaba.

Dentro de aquel collar había un delicado cuello de mujer, de piel fina, que temblaría un tanto al primer contacto con las piedras y el platino, aunque aquel estremecimiento fuese, más que fisiológico, emocional. Y, además del cuello, la imagen total de la joven salía, como por encanto, del estuche, cual una aparición que sumiese a Olaf en un estado de felicidad permanente.

Levantó la mirada de las joyas y la posó sobre el retrato que se erguía en la mesa, al lado de los prosaicos montones de papeles que la abarrotaban.

Miriam Lundy era encantadora...

No le gustó aquella palabra y buscó otras. Todas las encontró insuficientes para darle una idea concreta de la muchacha. Después, creyendo que podía ser sorprendido, cerró el estuche, después el cajón y alargó la mano para apoderarse de la pluma con la que, momentos antes, firmaba anodinos documentos.

«Gasto de uranio, controlado, en...» «Informe sobre la necesidad de un aumento de suministro de uranio en...»

¡Siempre igual!

Desde la instalación de pilas atómicas en todas las grandes industrias del país, había sido necesario controlar los suministros, surgiendo grandes firmas que distribuían el precioso combustible en todos los territorios de los Estados Unidos.

La «Distribuidora General de Metales Energéticos»—«GDME»—, también corrientemente conocida por la «Gedme», a la que pertenecía Olaf Duncan, en el cargo de Secretario general, se ocupaba de la distribución en la amplia zona industrial de Silver City, no lejos de Cleveland, Ohio.

El joven continuó firmando todo lo que caía dentro de su jurisdicción, sin comprobar las cifras, que pasarían directamente al estómago electrónico de «Betty», el cerebro mecánico encargado de resolver todos los problemas matemáticos de la empresa.

Olaf miró el reloj.

Faltaban once minutos para las seis y su corazón no pudo por menos de latir un poco más aprisa pensando en que tres horas más tarde, alrededor de las nueve, después de haber cenado con Miriam en algún restaurante elegante, le mostraría el regalo que iba a formalizar definitivamente sus relaciones.

Luego... la boda.

Duncan estaba seguro de obtener seis semanas de vacaciones para poder pasar una luna de miel en Europa, antes de llevar a su joven esposa en brazos para hacerla pasar el umbral de la hermosa casa que les estaban construyendo en Silver Avenue, uno de los más bellos lugares de la ciudad, cerca del Parque Nacional.

El arquitecto le había asegurado que la casa estaría terminada antes de que la pareja regresase de Europa y Olaf, que había ido un millón de veces a contemplar las obras, veía, con los ojos de la imaginación, la casa terminada, con su estilo modernista, sus amplias vidrieras y sus multicolores habitaciones, donde los bibelots que trajesen de Francia adornarían convenientemente el marco lujoso de la mansión.

«Sí, amigo mío —pareció decirle una voz interior—, has avanzado mucho en estos últimos años, desde que, un día, ya lejano por fortuna, llegaste a la estación de Silver City, con once dólares en el bolsillo, una maleta repleta de ropa sucia y un rumor de palabras ásperas, las de tu padre y tu hermano Law, antes de que abandonases definitivamente el hogar de los tuyos.»

Su madre había muerto por aquella época y Olaf, predilecto de aquella buena mujer, siempre en contra de su padre y su hermano, había adoptado la decisión de alejarse para siempre de la casa.

Él tenía sus ideas propias.

Y la prueba había sido el meteórico triunfo que había logrado en aquellos ocho años, llegando a ocupar un envidiable puesto en una empresa de la importancia y trascendencia de la «Gedme».

En todo aquel tiempo, sólo había recibido una corta carta de su hermano, al que comunicó su dirección unos meses después de su llegada a Silver City. En la carta le decía que su padre había muerto y que tenía en la casa la mitad exacta de lo que el viejo había dejado a sus hijos.

Olaf le contestó diciéndole que podía guardarlo todo, ya que él no lo necesitaba, debido a que su actual situación económica le permitía «prescindir de aquellas menudencias».

Law Duncan no había contestado.

Al pensar en su hermano, Olaf no pudo por menos de fruncir el entrecejo, preguntándose, como lo había hecho mil veces, por qué demonios era tan diferente a Law.

Ambos eran gemelos.

Parecía como si desde el mismo instante del nacimiento ambos hubieran deseado demostrar a todo el mundo que la identidad física no era más que eso y que en el fondo eran completamente distintos, diametralmente opuestos, sin ningún punto de contacto posible.

Law era brutal, impetuoso, siempre dispuesto a llevar a cabo cuanto se proponía, sin pararse a pensar en los resultados que surgirían de su acción. Olaf, por el contrario, era tranquilo, muy tímido y, según la opinión de los suyos, un tanto... miedoso.

Fuera de las diferencias de carácter y psíquicas, Olaf y Law eran idénticos físicamente, con los mismos cabellos rojizos, los ojos verdes y una piel ligeramente curtida que nunca había llegado a ese color moreno que tanto medra en las playas modernas.

Mientras pensaba en su hermano, preguntándose qué podía haber sido de él, Olaf terminó de firmar los documentos que tenía sobre la mesa; luego, tras haber dejado la pluma en su estuche vertical, lanzó una nueva mirada al reloj, sonriendo al comprobar que faltaba algo menos de un minuto para las seis.

Antes de ir a ver a Miriam, tenía que afeitarse y cambiarse, yendo después a su encuentro a la puerta de los «States», la central de la red de almacenes «Prix-Unic» más importante de todo el Estado. Allí trabajaba la joven como jefe de un departamento comercial.

El intérfono sonó roncamente.

Olaf oprimió un botón y el rostro de Lawrence A. Gatner, el director de la «Gedme», apareció en la pantalla minúscula del aparato.

—Venga a mi despacho, Duncan.

—En seguida, señor.

Cortó la comunicación y se dirigió al despacho del director, con una mueca de desagrado, ya que temía que el «viejo» le distrajese demasiado, haciéndole después correr como un loco para llegar a tiempo a la cita que tenía con la muchacha.

L. A. Gatner era un hombre fuerte, macizo en el que la obesidad lograda en los últimos tiempos había difuminado un tanto la línea atlética que debió ser el denominador común de su silueta.

Tenía grandes bolsas bajo los ojos y un doble mentón que terminaba en una papada grasosa.

—Siéntese, Duncan.

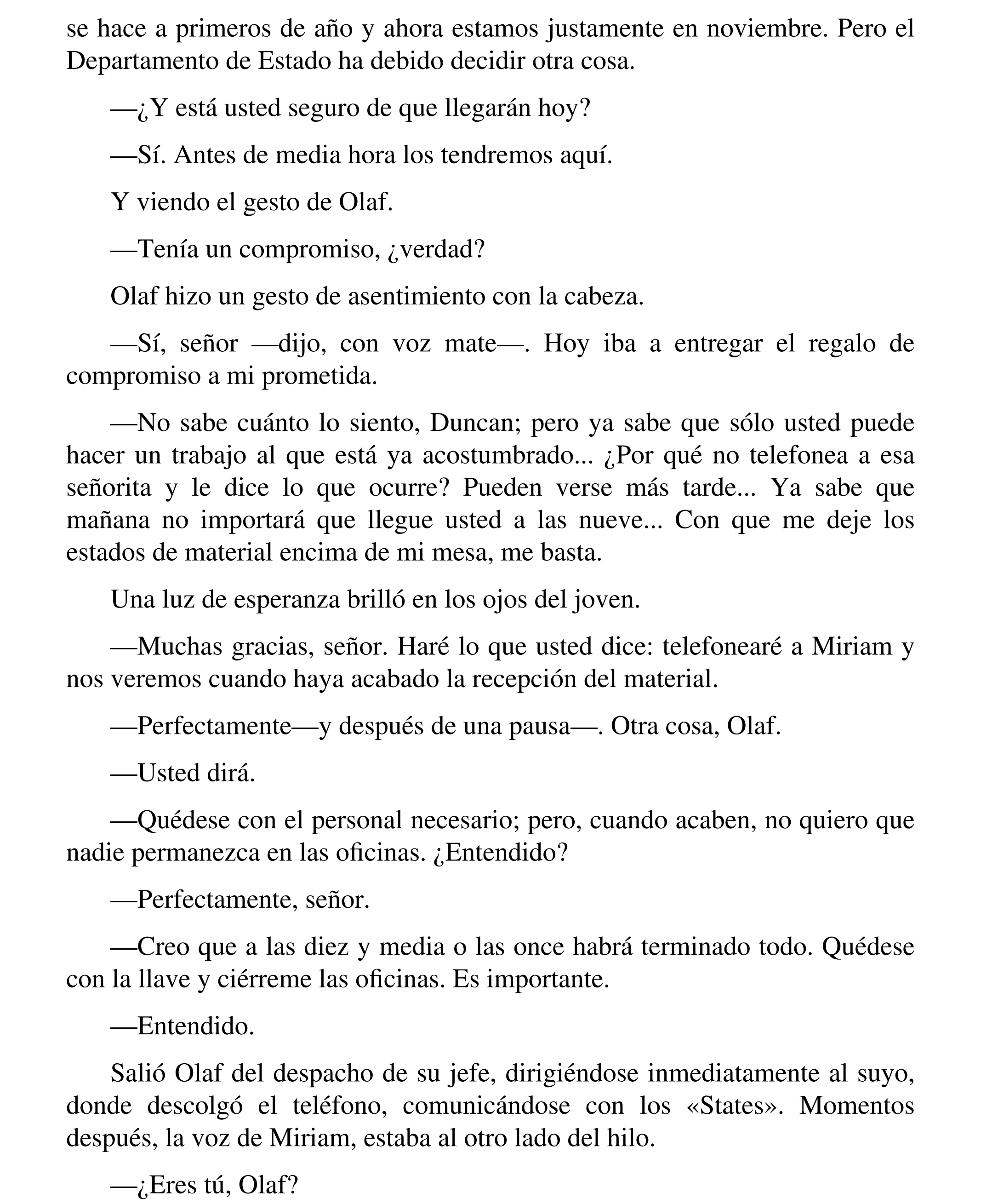
Olaf obedeció.

—Acabo de recibir una comunicación de Nueva York. Los camiones con la carga llegarán dentro de unos minutos.

—¿Los camiones?

La expresión de asombro de Olaf hizo sonreír al otro.

—Yo tampoco los esperaba, Duncan. En realidad, la distribución general



se hace a primeros de año y ahora estamos justamente en noviembre. Pero el Departamento de Estado ha debido decidir otra cosa.

—¿Y está usted seguro de que llegarán hoy?

—Sí. Antes de media hora los tendremos aquí.

Y viendo el gesto de Olaf.

—Tenía un compromiso, ¿verdad?

Olaf hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Sí, señor —dijo, con voz mate—. Hoy iba a entregar el regalo de compromiso a mi prometida.

—No sabe cuánto lo siento, Duncan; pero ya sabe que sólo usted puede hacer un trabajo al que está ya acostumbrado... ¿Por qué no telefonea a esa señorita y le dice lo que ocurre? Pueden verse más tarde... Ya sabe que mañana no importará que llegue usted a las nueve... Con que me deje los estados de material encima de mi mesa, me basta.

Una luz de esperanza brilló en los ojos del joven.

—Muchas gracias, señor. Haré lo que usted dice: telefonearé a Miriam y nos veremos cuando haya acabado la recepción del material.

—Perfectamente—y después de una pausa—. Otra cosa, Olaf.

—Usted dirá.

—Quédese con el personal necesario; pero, cuando acaben, no quiero que nadie permanezca en las oficinas. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—Creo que a las diez y media o las once habrá terminado todo. Quédese con la llave y ciérreme las oficinas. Es importante.

—Entendido.

Salió Olaf del despacho de su jefe, dirigiéndose inmediatamente al suyo, donde descolgó el teléfono, comunicándose con los «States». Momentos después, la voz de Miriam, estaba al otro lado del hilo.

—¿Eres tú, Olaf?

—Sí, querida. Algo imprevisto me impide ir a buscarte. He hablado con el jefe y me ha dado permiso para llegar tarde mañana... ¿Podríamos vernos después de las once?

—Creo que sí.

—Gracias, cariño. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—Iré a tu casa, si no te molesta.

—¡Qué cosas dices! —hubo una pausa—. Tengo una sorpresa para ti...

—¿Sí?

—Sí, pero no lograrás que te diga nada más. Sólo espero que te guste de la misma manera que a mí me gusta.

—Puedes estar seguro, amor mío...

—Hasta luego.

—Adiós.

Olaf colgó el aparato, sintiéndose mucho más tranquilo que antes. Acababa de encender un cigarrillo cuando oyó que las puertas metálicas del edificio se abrían, oyendo también el rumor de los motores de los camiones.

Pulsó el intérfono y apareció en la pantalla el rostro del jefe del almacén.

—Oiga, William...

—¿Qué hay, señor Duncan?

—Están entrando los camiones, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuántos vienen?

—Noventa, señor.

—¡Bien, bien! Diez más que el año pasado. Por lo visto, hemos logrado el aumento que tanto deseábamos.

—Eso parece, señor.

—De acuerdo. Prepare el equipo de costumbre y vaya comprobando, en la balanza, los pesos del material. Haga las cosas con el mismo cuidado de siempre: utilice los trajes de antirradiación y proteja a los hombres como de costumbre.

—Bien.

—Las cámaras blindadas deben de estar vacías, ¿no es así?

—Completamente vacías.

—Me comunicará las cargas que se pongan en cada una de ellas. Yo bajaré a cerrarlas cuando todo este hecho.

—Muy bien.

Duncan cortó la comunicación por el momento y se levantó para coger los impresos que debía llenar y firmar personalmente. Después de preparar todo encima del despacho, salió a las oficinas, viendo que todo el mundo se había marchado.

Una espina de envidia se le clavó en el corazón.

Pero reaccionó en seguida.

«No seas tonto, Olaf —le dijo la vocecilla de su conciencia—. Tú eres un jefe y ganas diez veces más que ellos: es justo que tengas que realizar algunos pequeños sacrificios...»

Sonrió.

* * *

Olaf anotó la última cifra de la cámara donde se estaban colocando las últimas barras de uranio. El rostro de William estaba en la pantalla, claramente reflejado.

—O. K., amigo —suspiró Duncan.

—¿Todo de acuerdo, señor?

—Perfecto, William. Ya pueden irse. Cierre las puertas del almacén... Yo cerraré después con llave.

—Bien.

William desapareció y Olaf esperó unos momentos, fumando un nuevo cigarrillo.

Consultó el reloj.

Eran las diez y media y aquello le hizo sonreír, ya que tenía tiempo de arreglarse un poco antes de que Miriam llegase a su casa. Cogió el precioso estuche del cajón de su mesa y bajó, después, al almacén, comprobando que cada una y todas las cajas fuertes estaban cerradas. Hizo lo mismo con la puerta del almacén y volvió a la oficina. Lo cerró todo, metió unos papeles en la cartera y abandonó el local cerrando cuidadosamente la puerta.

Su coche estaba en el parque de aparcamiento, un hermoso Chevrolet descapotable, último modelo.

Con una satisfacción real, Olaf puso el coche en marcha, abandonando la amplia extensión de terreno que ocupaba la «Gedme», tomando la amplia avenida que conducía al centro de la ciudad.

Quince minutos después detenía el vehículo ante su casa, un hermoso edificio de once plantas, destinado exclusivamente a apartamentos. El suyo estaba situado en el piso diez y poseía una flamante terraza desde donde, con buen tiempo, podía contemplarse parte de la ciudad.

Olaf se consideraba completamente feliz.

Faltaban diez minutos para las once y se dispuso, una vez en el piso, a cambiarse; pero antes, como solía hacerlo, fue al pequeño despacho para dejar los documentos en su pequeña caja fuerte. Olaf era un hombre cuidadoso y ordenado que debía a estas dos cualidades el haber llegado al alto puesto que ocupaba.

—¡Maldición!

Cuando abrió la cartera, se dio cuenta de que se había traído los estados del material llegado y que debía haber dejado en la mesa del despacho del director.

Faltaban cinco minutos para las once.

Se frotó el mentón, pensando en lo que debía hacer; pero, finalmente, el deber se impuso y se dispuso a volver a la oficina, para dejar los documentos en la mesa del despacho de Gatner.

Escribió unas rápidas líneas a Miriam, diciéndole que regresaría inmediatamente y salió del edificio, dirigiéndose hacia su coche.

En aquel momento, la vida de Olaf Duncan estaba, justamente, en una situación de cambio que jamás podría haber imaginado él.

CAPÍTULO II



ETUVO el coche en el parque e hizo a pie la corta distancia que le separaba de la entrada lateral de las oficinas. La puerta se abrió silenciosamente y Olaf avanzó, por el pasillo tenuemente iluminado, hacia su despacho, que tenía que atravesar para llegar al de su jefe.

Un ruido sospechoso hizo que se detuviese en su despacho.

Prestó oído.

Era un rumor que, de vez en cuando, se seguía con unos ruidos más fuertes, como si alguien golpease una sustancia dura.

Nunca supo cómo se le ocurrió apretar el botón del intérfono y, precisamente, el de visión y no el de aviso o llamada. La pantalla se iluminó, haciéndole ver el interior del almacén.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar.

Media docena de hombres estaban allí, casi todos de espaldas, sacando las barras de uranio y partiéndolas, separando los trozos pequeños, que iban obteniendo de cada una.

Sus trajes antirradiación hacía imposible que Olaf pudiese reconocerlos pero no cabía duda respecto a lo que estaban haciendo allí. Bastaba mirar el montón de trozos de barras de uranio que iban colocando en maletines especiales.

Por el tamaño de los trozos que cortaban, Olaf calculó rápidamente, sin dificultad alguna, que se estaban llevando una décima parte del uranio llegado, lo que suponía, en total, cerca de mil «pastillas», cuyo valor era incalculable.

Duncan sabía, como todo el mundo, que el «mercado negro» del uranio funcionaba en todo el país, pero que sus miembros sólo vendían uranio adulterado, sin la potencia del que los centros gubernamentales enviaban a las industrias de todo el país.

Tardó en reaccionar, hasta que, apagando el aparato, retrocedió, asustado, dándose cuenta de la cosa horrible que acababa de descubrir. Al mismo tiempo, sin poderlo evitar, sintió miedo.

Tuvo que sobreponerse para dejar los documentos en la mesa del director, andando de puntillas, ya que los almacenes estaban justamente bajo las oficinas.

Por un momento, cuando estuvo de vuelta en su despacho, pensó en telefonear desde allí mismo a la policía; pero, razonando, llegó a la conclusión de que sería mucho más seguro hacerlo desde su propia casa.

Cerró la puerta de la oficina y corrió hacia su vehículo, precipitándose, una vez puesto en marcha, hacia el centro de la ciudad.

Nunca había conducido tan locamente y estuvo a punto de chocar contra varios vehículos; pero, en aquellos momentos, la gravedad de lo que acababa de descubrir dominaba todos sus otros pensamientos.

Entró en su apartamento como una tromba.

Miriam estaba allí.

Era una muchacha ciertamente hermosa. Sus largos cabellos, rubio platino, le caían sobre los desnudos hombros blancos, que destacaban maravillosamente con el ceñido vestido que llevaba.

Estaba sentada en uno de los sillones del «living» con un vaso en la mano y un cigarrillo en la otra.

—¡Hola, Olaf!

Él la besó y la joven notó el nerviosismo del hombre.

—¿Ocurre algo grave, querido?

Duncan no contestó, de momento... Se sirvió un vaso de «whisky», sin agregar una sola gota de soda, y lo bebió de un solo trago.

—Voy a llamar a la policía, pequeña.

—¿Eh? —se asombró ella.

—Están robando uranio en la fábrica.

Miriam le miró intensamente.

—¿Por qué no llamas primero a tu director, Olaf?

—¿Crees que es más lógico?

—No sé.

—¡Yo tampoco sé qué hacer! Pero hay que hacer algo...

—¿Se han ido ya los ladrones?

—No. Tienen para dos horas, si es que desean cortar todas las «pastillas» de uranio.

Ella le sonrió.

—Cálmate, querido. Ya llegaremos a una conclusión... Vístete porque deseo que salgamos.

—Pero...

—Sí, ya comprendo. Cuando te hayas vestido, harás lo que quieras. Creo que lo mejor es reflexionar un poco. Si avisas a la policía, te dirán que por qué no lo hiciste antes y hasta te preguntarán qué hacías en el almacén cuando tu trabajo se había acabado...

—Es verdad.

—Ve a vestirte, amor mío. Luego llamas a tu jefe y se lo comunicas. Él sabrá lo que tiene que hacer.

—Bien.

Estaba completamente aturdido, sin saber lo que decía; pero las palabras de Miriam parecieron tranquilizarle.

—¿No me das un beso, Olaf?

Él la besó sin mucho entusiasmo y salió inmediatamente de la estancia.

Estaba mortalmente pálido.

En cuanto salió, ella se levantó y miró hacia el pasillo. Y cuando estuvo segura, por el ruido del agua, que Duncan estaba en la ducha, descolgó el aparato, marcando febrilmente un número.

* * *

Olaf salió de la ducha con un fuerte dolor de cabeza. No podía dejar de pensar en todo aquello y se vistió descuidadamente, sin poner atención en lo que hacía, olvidando el estuche de collar en el traje que dejó sobre una de las descalzadoras de su alcoba.

—¿Estás más tranquilo, querido?

—No, Miriam... Voy a llamar a Lawrence.

—Es lo mejor.

Su jefe pareció menos extrañado de lo que Duncan había imaginado. Le tranquilizó, diciéndole que tomaría inmediatas medidas, rogándole que no dijese nada a nadie.

—Los ladrones irán a parar a la cárcel, amigo Duncan; no se preocupe.

—Gracias, señor.

Emitió un profundo suspiro al dejar el aparato.

—¿Se ha arreglado? —inquirió la muchacha.

—Sí... ¡Quién tuviera la presencia de ánimo de él!

—Te preocupas demasiado, amor mío. ¿Vamos a salir?

—Yo no tengo muchas ganas, querida... ¿Por qué no cenamos aquí?

—Como quieras.

Él se dio una palmada en la frente.

—¡Qué estúpido he sido! ¡He olvidado el regalo en el otro traje!

Ella le sonrió.

—Ve a buscarlo... Y deja que sea yo la que vaya a encargar el menú de esta noche.

—Puedes pedirlo por teléfono.

—Ya lo sé; pero iré yo misma.

—¿Por qué?

—¡Ah, estos hombres! Hay que decirles todo... Querido, me he dejado el tubo de rojo en casa y voy a comprar uno... ¿Contento?

—Sí.

Volvió diez minutos más tarde y casi en seguida llegaron del restaurante de enfrente con una opípara comida, que sirvieron en el mismo «living».

Cuando los camareros hubieron desaparecido, después que Olaf pagó la nota, agregando una espléndida propina, ella se acercó a él.

—No quiero verte triste, querido.

—Ya no lo estoy... ¿Quieres cerrar los ojos durante dos segundos?

Miriam obedeció, sintiendo la fría sensación del collar cuando el joven se lo colocaba en el cuello. Después, al abrirlos, corrió ante el espejo, extasiándose con el maravilloso regalo.

—¡Oh, amor mío!

—Esto te compromete, Miriam... Ya casi eres la señora Duncan.

Corrió hacia él, lanzándose a sus brazos.

—¡Eres el hombre más estupendo que jamás he conocido, Olaf!

Comieron, charlando animadamente de los mil proyectos que suelen llenar la cabeza de los enamorados.

—Voy a preparar un poco de café —dijo ella, después de los postres.

—Lo haré yo.

—¡Jamás de la vida! ¿No has dicho antes que casi era tu mujer? Pues debes empezar a soportarme y a saber cómo preparo el café.

Él le sonrió, arrellanándose en el sillón, inmensamente feliz, con un humeante cigarrillo en los labios.

Estaba contento de que Lawrence hubiese tomado la cosa por el buen lado, evitando el escándalo público que hubiese estallado al saberse lo del robo.

Aspiró el humo del cigarrillo.

«Siempre fuiste un tímido —le dijo la vocecilla—. ¿Por qué has de preocuparte tanto de las cosas?»

—Lo del robo era algo importante.

«Eso lo dices tú. De no haber regresado para colocar los papeles en el despacho de tu jefe, no hubieses sabido que estaban robando. ¿Te das cuenta?»

—Tienes razón.

«Por eso debes ser mucho más tranquilo. ¿Has olvidado lo que ocurrió aquel día en que se pusieron a arder los graneros de tu casa, en New Castle...? Tú llorabas desesperadamente, pero tu padre y tu hermano, sin hacerte caso, dominaron el incendio sin necesidad de llamar a nadie... ¡Siempre fuiste así, Olaf!»

—Es verdad...

Los pasos de Miriam le hicieron volver la cabeza, sonrojándose.

—¿Hablas solo, querido?

—No...

—Aquí tienes el café que te ha preparado tú ya «casi-mujercita». Espero haberlo hecho a tu gusto: espeso como lo prefieres.

Ella colocó las tazas y la cafetera sobre la mesita que había entre los dos sillones, sirviendo después a Duncan.

—¡Huy, cómo huele! —exclamó él.

—¿Estás más tranquilo, querido?

—Completamente tranquilo.

—Así me gusta. Ya verás como tu jefe lo arregla todo. Además, tú no debes preocuparte por esas cosas. La seguridad de los almacenes no depende de ti.

—Es verdad; pero, francamente, cariño... ¡me llevé un gran susto!

—Ya ha pasado todo... ¿Otra taza?

—Sí. Eres una maravillosa cocinera.

Encendieron sendos cigarrillos y él la contempló, arrobado, diciéndose que era el hombre más afortunado de Silver City al haber llegado a conseguir un puesto como el suyo y, sobre todo —sonrió al pensarlo—, una muchacha tan espléndidamente hermosa como Miriam...

De pronto...

—¿Qué te pasa, querido?

—No sé. Parece que tengo un sueño horrible.

—Deben de ser las emociones que has pasado... y la comida que hemos tomado.

—Dame otra taza de café. Es ridículo que me duerma ahora, cuando te tengo a mi lado.

—No te importe, Olaf. Tú siempre estás cumplido conmigo.

—Otra taza..., por favor.

—Bien... Te la daré.

Apenas había ingerido el líquido, Olaf se sintió incapaz de tener la cabeza derecha.

—Me... estoy durmiendo...

Momentos después, sin poderlo remediar, inclinó la cabeza en una de las orejas del sillón, quedándose profundamente dormido.

Miriam se le quedó mirando, mientras terminaba su cigarrillo. Después, cuando los primeros ronquidos salieron de los húmedos labios de Olaf, ella tiró la colilla, levantándose, con una extraña sonrisa en los labios y descolgando, momentos más tarde, el microteléfono.

—¿El señor Gatner? —inquirió, cuando hubo logrado la comunicación.

—Sí, soy yo.

—Ya está dormido.

—Bien. No se mueva de ahí. Pronto irán a la casa. Cuando ellos lleguen, usted puede marcharse.

Ella colgó y volvió el rostro hacia el hombre que dormía en el sillón.

—Es una lástima —dijo, en voz alta —tener que dejar de verte, querido... Pero tú has sido lo bastante estúpido para meterte en la boca del lobo...

* * *

Un endiablado dolor de cabeza le impidió, al abrir los ojos, que fuese capaz de enhebrar una sola idea lógica. Se sentía tan extraño, tan fuera de sí, que hasta llegó a pensar, en esos arranques absurdos de los estados oníricos, si no estaba muerto.

«Estúpido — le dijo la vocecilla—. Si estuvieses muerto, no te dolería la cabeza.»

Una ligera sonrisa entreabrió sus labios.

Y entonces, ya más sereno, pudo recordar casi la totalidad de lo que le había llevado a aquel sueño del que tan difícilmente estaba despertando.

Se incorporó, todavía sin ver nada, diciendo al mismo tiempo con voz pastosa:

—Perdona, querida... Me he quedado dormido.

Un fuerte golpe en la cabeza le hizo lanzar un grito de dolor, obligándole a echarse de nuevo.

Pasaron unos cuantos minutos antes de que comprendiese que una oscuridad completa le rodeaba. Entonces, ya seguro de que se había golpeado con algo, tendió la mano izquierda y tropezó con algo que reconoció en seguida.

¡El volante de un coche!

¿Qué demonios estaba haciendo él en un coche?

Los recuerdos que vagaban por su mente le decían, claramente, que antes de dormirse, después de los deliciosos cafés que Miriam le había servido, se había quedado dormido; pero lo del coche...

Se incorporó, esta vez con cuidado, extendiendo las manos para no golpearse de nuevo. Y una vez sentado, en lo que reconoció como el sillón delantero del vehículo, en el que había estado echado hasta entonces, se dispuso a reflexionar.

La temperatura en el interior del auto era agradable, lo que demostraba que el mecanismo de calefacción estaba dado. Pero lo molesto de la oscuridad era lo que más preocupaba a Olaf y tendió la mano hacia los mandos eléctricos, alumbrando los poderosos faros.

Estaba en medio de un paisaje completamente nevado.

Árboles cubiertos de un manto blanco le rodeaban por todas partes, sobre laderas que también estaban cubiertas de nieve.

Apagó los faros y encendió la luz interior del coche, mirando al asiento de atrás que, como se imaginaba ya, estaba completamente vacío. Las llaves de contacto estaban en su sitio y había unos paquetes y un par de periódicos en el suelo, junto a él, al lado de los pedales de mando.

Cogió uno de los periódicos.

No eran de Silver City, sino Owerland, una ciudad en la que no había estado nunca, a una distancia de cerca de setecientas millas de su domicilio.

Extrañado y haciéndose mil preguntas, desplegó el periódico.

Y fue entonces cuando se le erizaron los cabellos.

Porque allí, en primera plana, estaba su fotografía, entre las columnas apretadas del texto y bajo unos titulares que le produjeron un escalofrío fenomenal.

LA POLICÍA PERSIGUE A ESTE HOMBRE

Silver City— urgente—. En 1a noche de ayer, Olaf Duncan, secretario de la importante firma "GEDME", intentó robar unas cargas de uranio, recientemente depositadas en los almacenes de la empresa, siendo sorprendido por el sereno, Lewis Forrest, al que asesinó, dándose después a la fuga.

La policía fue avisada por unos vecinos que oyeron los disparos, encontrándose el arma homicida, que el asesino abandonó en su huida y en la que han sido halladas sus huellas dactilares. El criminal huyó en su propio coche, ignorándose, por el momento, su actual paradero.

Olaf Duncan, que gozaba de la confianza de sus jefes, aprovechó las ocasiones que le proporcionaban su importante cargo para preparar el golpe que se disponía dar. Todavía no se sabe, exactamente, si logró llevarse algunas "pastillas" del precioso metal que se guardaba en las cajas fuertes de la empresa y que él mismo cerraba después de la recepción de las cantidades que el gobierno enviaba a Silver City.

Olaf siguió leyendo, sin dar crédito a lo que leía, como si se tratase de una broma pesada de sus sentidos o quizá de una pesadilla de la que iba a salir de un momento a otro.

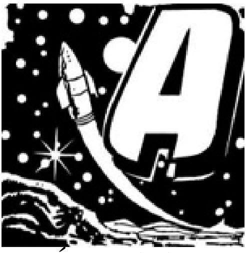
Cuando terminó la lectura, tenía el cuerpo empapado en sudor frío y los estremecimientos le sacudían convulsivamente.

¡Era para volverse loco!

El alba llegó poco después y Duncan contempló, con ojos desorbitados, el espacio helado que le rodeaba.

Y fue entonces cuando el rumor creciente que llegaba del cielo llegó hasta él.

CAPÍTULO III



BRIÓ una de las ventanillas, bajando el cristal y asomándose al exterior.

Los dos helicópteros volaban bajos, por el valle en el que estaba situada la carretera cubierta de nieve. Y sus palas vibraban, reflejando un círculo de luces y sombras impresionante.

Olaf no podía hacerse ninguna ilusión.

Desde el primer momento, al ver los aparatos, se dio cuenta de que se trataba de una patrulla aérea policial. E incapaz de hacer el menor movimiento, ni de poner el vehículo en marcha, intentando vanamente huir, permaneció inmóvil, viendo como los dos helicópteros se posaban blandamente, uno detrás y otro delante de él.

¡Estaba cogido!

Pero ¿no era inocente? ¿Qué podía importarle que la policía lo atrapase, si estaba dispuesto a esclarecerlo todo, a explicarlo todo, hasta que los convenciese del monstruoso cepo en el que había caído?

Por el momento, no podía imaginarse quién podía haber urdido aquella horrible trampa, ni quién podía tener interés en perderle. Su vida, desde que había llegado a Silver City, había sido ejemplarmente tranquila y nadie podía tener el menor motivo de queja contra él.

Los hombres de los helicópteros avanzaban sobre la nieve, esgrimiendo sus rifles y metralletas, rodeando completamente el vehículo.

Uno de ellos ordenó:

—¡Sal del coche con los brazos en alto, Olaf! Y no hagas tonterías o te coseremos a tiros...

Duncan estaba temblando.

Salió, obedeciendo las órdenes que le daban, levantando cómicamente los brazos, que pronto hubo de bajar para que uno de los hombres le pusiese las esposas, cacheándole inmediatamente después.

—Vamos —dijo uno de ellos.

—Espera—repuso otro—. Voy a echar una ojeada al coche.

Y lo hizo y volvió con los paquetes.

—Llevaba provisiones para varios días, jefe. Lo malo es que le ha salido mal.

Lo llevaron a uno de los helicópteros y una hora después estaba ya en la celda número 13 de la prisión de Owerland.

Su estado de ánimo era espantoso.

Porque, por mucho que contaba en la realidad evidente de su inocencia —que no era evidente más que para él—, se estaba dando cuenta de que las cosas se movían por un desfiladero estrecho que no podía conducir más que a un callejón sin salida.

Habían encontrado las huellas en la pistola que había servido para matar al sereno de los almacenes. Y él «había huido» —¡todavía no sabía cómo ni cuándo!—, dando prueba de su culpabilidad.

La realidad del peligro que corría le apareció, de pronto, con todo el peso de la lógica que los jueces y el jurado pondrían, poseyendo pruebas tan evidentes. Y entonces, sin poderlo evitar, hundió el rostro en sus manos, poniéndose a llorar desconsoladamente.

¿Cuánto tiempo estuvo así?

Él mismo hubiese sido incapaz de decirlo. Cuando, mucho más tarde, la puerta de su celda se abrió, estaba tan profundamente sumido en su desesperación que ni siquiera levantó la cabeza, permaneciendo en igual postura, incapaz ya de interesarse por nada.

La puerta se cerró y alguien se acercó a él.

—¡Hola, Olaf!

El sonido de aquella voz le hizo estremecerse de pies a cabeza. Mientras, su corazón se ponía a latir locamente, como si pugnase por salírsele del pecho.

Levantó la cabeza, mirando con los ojos hinchados por el llanto.

—¡Law, hermano!

El hombre que estaba ante él era su propia imagen física. Quizás, observándolo con ojo crítico, se podrían encontrar unas ligeras diferencias, sobre todo en el mentón voluntarioso de Law, en el brillo decidido de sus ojos; pero, en realidad, aquellas discrepancias hubiesen pasado desapercibidas para el observador más exigente.

Olaf se quedó mirando a su hermano, con los ojos desmesuradamente abiertos, maravillado de que el otro estuviese allí, en el momento preciso en el que necesitaba una presencia amiga.

Aunque...

—¿Cómo... lo has sabido, Law?

—Eso no importa. Todo el mundo lo sabe.

—¡Yo no lo he hecho! ¡Yo no lo he hecho!

Law cortó aquel lloriqueo histérico con un gesto.

—A eso he venido, Olaf... Quiero saber la verdad.

—Ya te la he dicho.

—Bien. ¿Qué pasó aquella noche?

—Yo hice lo de siempre: anoté las llegadas de uranio, cerré después la oficina y me dirigí a mi casa.

—¿Directamente?

—Sí. Era, precisamente, el día en que debía entregar a Miriam el regalo de pedida...

—¿Es... tu novia?

—Sí.

—¿Qué paso luego?

—Cuando llegué a casa me di cuenta de que no había dejado los documentos en el despacho del director. Dejé una nota a Miriam, que debía llegar minutos más tarde y fui de nuevo a la Empresa. Fue entonces cuando...

—¿Cuando qué?

—Cuando vi que estaban partiendo las «pastillas» de uranio. Eran varios, pero los trajes antirradiactivos me impidieron ver sus rostros...

—¿Qué hiciste entonces?

—Pensé avisar a la policía; pero tenía miedo de que ellos me oyesen llamar. Dejé los documentos en el despacho del señor Gatner y volví a casa. Miriam estaba allí.

—¿Le dijiste lo que habías visto?

—Sí. Hizo lo posible por tranquilizarme, convenciéndome de que debía llamar, antes que a nadie, al director.

—¿Lo hiciste?

—Sí. El señor Gatner me dijo que me tranquilizase y que iba a tomar las disposiciones pertinentes. Después cené con ella... y me dormí. Cuando desperté estaba en el coche, en medio de la nieve. Momentos después, al amanecer, los helicópteros de la policía aparecían y fui capturado.

—¿Tenías pistola?

—Nunca la he tenido.

Los ojos de Law lanzaron un destello.

—Un armero de Silver City ha declarado haberte vendido la pistola con la que el vigilante nocturno fue muerto.

—¡Eso es mentira!

—Le pagaste con un cheque que la policía ha encontrado y que está dirigido a su nombre y firmado por ti...

—¡No es posible!

Hubo un silencio.

—¿Qué dinero tenías en el Banco?

—Sesenta mil dólares. Todo lo que he ahorrado en estos últimos años.

—En tu cuenta había trescientos mil...

Los ojos de Olaf se abrieron, desmesuradamente, como platos.

—¿Cómo es posible, Law? ¡Nunca tuve tanto dinero!

Una nueva pausa se estableció entre ellos.

—Estás listo, hermano —dijo Law—. Ningún jurado creerá nada de lo que digas cuando conozca las pruebas que la policía ha reunido.

Olaf gritó:

—¡Pero si yo soy inocente!

Law le miró en silencio.

—¡Levántate!

El otro obedeció.

Su cuerpo temblaba intensamente.

De repente, el puño derecho de Law salió disparado, chocando violentamente contra el rostro de su hermano, que retrocedió, como impulsado por una fuerza formidable.

Olaf se llevó las manos a los labios, que sangraban abundantemente.

Su hermano avanzó amenazadoramente hacia él.

—¿Has sido tú, Olaf?

—No. Yo no he si...

Un nuevo golpe, que derribó al otro, que se quejaba suavemente.

—¿Has sido tú...?

—No, Law... ¡Lo juro!

Law siguió golpeando y preguntando; fríamente, hasta que, respirando fatigosamente, se detuvo.

Olaf había perdido el conocimiento y yacía en tierra.

Después de lanzarle una mirada, Law golpeó la puerta, que el carcelero cerró a su espalda.

Siguiendo los pasillos de la prisión, Duncan se dirigió directamente al despacho del gobernador de la misma, penetrando en la estancia en la que un hombre de cabellos plateados, detrás de una mesa de despacho, le miró fijamente.

—¿Qué hay, Duncan? —preguntó, cuando Law se hubo dejado caer en una de las sillas.

Hubo un corto silencio.

Después, la voz del joven sonó intensamente, cargada de inflexiones emotivas, sinceras:

—Olaf no es culpable.

—Pero...

—Ya lo sé, señor. Parece imposible; pero es así —su voz se hizo más dura—. Escuche, señor Correwald: nunca levanté la mano a mi hermano, a no ser en aquellas peleas que de chicos tuvimos, como ocurre entre todos los hermanos... Hoy le he golpeado a conciencia.

—¡No debió hacerlo, Duncan!

—Ya lo sé. Pero necesitaba saber, estar seguro... Y, ¿quién puede conocer mejor a Olaf que yo, que soy su hermano gemelo? Somos iguales físicamente; pero, desde pequeños, desde siempre, sé que mi hermano es incapaz de resistir los castigos físicos... En eso heredó el carácter blando de mi madre. Es una de las diferencias que hay entre nosotros.

—¿Y cree usted que el haberlo golpeado le da motivo para saber la verdad?

—Evidentemente. Hay cosas, señor, que el resto de los humanos no comprende y que se pasan entre los gemelos. Es como si se poseyesen extraños poderes que hiciesen que el uno pudiera asomarse un poco en el alma del otro. ¡Yo estoy seguro de que Olaf es inocente!

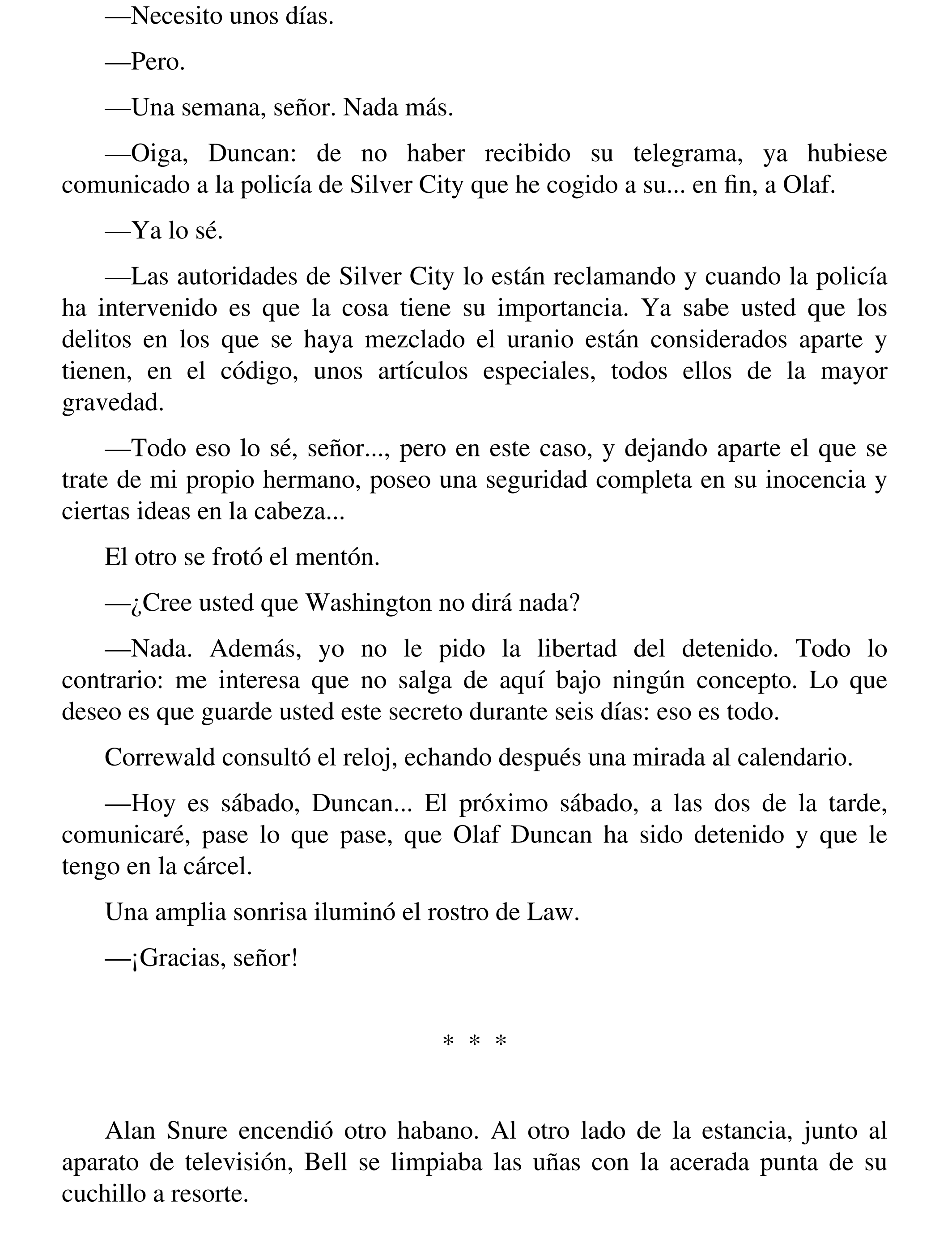
—Lo comprendo; pero habremos de demostrarlo.

—Eso es lo peor. Policialmente he de rendirme, como usted, a la evidencia: Olaf es culpable y lo sería ante la más estúpida colección de jurados. El peor y más inepto de los fiscales lo llevaría a la cámara de gases y

ni el mejor abogado de los Estados Unidos lograría salvarle de la pena de muerte.

—¿Entonces...?

Law miró fijamente al otro.



—Necesito unos días.

—Pero.

—Una semana, señor. Nada más.

—Oiga, Duncan: de no haber recibido su telegrama, ya hubiese comunicado a la policía de Silver City que he cogido a su... en fin, a Olaf.

—Ya lo sé.

—Las autoridades de Silver City lo están reclamando y cuando la policía ha intervenido es que la cosa tiene su importancia. Ya sabe usted que los delitos en los que se haya mezclado el uranio están considerados aparte y tienen, en el código, unos artículos especiales, todos ellos de la mayor gravedad.

—Todo eso lo sé, señor..., pero en este caso, y dejando aparte el que se trate de mi propio hermano, poseo una seguridad completa en su inocencia y ciertas ideas en la cabeza...

El otro se frotó el mentón.

—¿Cree usted que Washington no dirá nada?

—Nada. Además, yo no le pido la libertad del detenido. Todo lo contrario: me interesa que no salga de aquí bajo ningún concepto. Lo que deseo es que guarde usted este secreto durante seis días: eso es todo.

Correwald consultó el reloj, echando después una mirada al calendario.

—Hoy es sábado, Duncan... El próximo sábado, a las dos de la tarde, comunicaré, pase lo que pase, que Olaf Duncan ha sido detenido y que le tengo en la cárcel.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Law.

—¡Gracias, señor!

* * *

Alan Snure encendió otro habano. Al otro lado de la estancia, junto al aparato de televisión, Bell se limpiaba las uñas con la acerada punta de su cuchillo a resorte.

—¿Lo habéis guardado todo? —inquirió Alan.

Joe Bell se volvió, dejando visible su rostro de rata con unos ojuelos inyectados en sangre.

—Todo. Y con las precauciones de costumbre.

—¿Cuánto había?

—Unas mil «pastillas».

Snure lanzó una amplia bocanada de humo al techo.

—Unos diez millones de dólares, aproximadamente...

—¡Lástima que tengan que repartirse tanto!

Alan clavó sus ojos en el desagradable rostro del otro.

—¿Qué insinúas?

Bell se encogió de hombros.

—Nada. Estaba pensando en voz alta.

—¿Te has vuelto loco? Es como si quisieras matar la gallina de los huevos de oro. ¿De dónde sacaríamos las «pastillas»? Dentro de cuatro meses, la mayor parte de las industrias de Silver City estarán mendigando un poco de uranio. La producción es demasiado grande y todo el mundo desea ganar más dinero de lo que les está permitido... ¿Sabes que muchos industriales han comprado nuevas pilas atómicas?

Y como el otro no contestase, limitándose a hacer un gesto con la cabeza, prosiguió:

—Todos ellos están seguros de encontrar uranio en el mercado negro. Los planes que se han forjado para este próximo año son ambiciosos y sólo podrán realizarlos si les proporcionamos la fuente de energía que necesitan. Por ejemplo, la «Campbell and C.°» tiene dos pilas y produce tejidos por valor de tres millones de dólares al año. ¿Por qué crees que ha comprado dos pilas más?

—Porque están seguros de poder ampliar su negocio, gracias al uranio que «generosamente» les proporcionaremos nosotros.

—Eso es. Nuestro negocio es, por eso mismo, el más fantástico de todos los que pueden imaginarse. Respecto a tu gesto de antes, vale más un pájaro en mano...

Bell le miró.

—No te conozco, jefe... Antes eras diferente, pero el tiempo te ha cambiado por completo. Jamás hubiese pensado de ti que te resignases a que otro se llevase la parte del león.

Alan frunció el entrecejo.

¿Qué se creía aquel imbécil de Joe?

Muchas veces, muchísimas, había pensado en hacerse el dueño de todo; pero tuvo que darse cuenta de que era imposible... a menos que...

Pero eso era harina de otro costal.

Lawrence A. Gatner era el dueño absoluto de la Empresa y el único que podía permitir «ciertas fugas» en las cantidades de uranio que recibía cada año. Sin su anuencia, el negocio se iría al suelo.

Claro que Gatner era un ser humano y Snure conocía a la perfección la manera de obligar a un ser humano, aprovechándose de sus debilidades, de sus errores, de sus culpas secretas...

—Todo se andará, Joe —dijo en voz alta.

Bell sonrió.

—Ya sé que no has cambiado, Alan. ¿Te imaginas lo que podría ser si un día te convertías en el factótum de todo esto? El dinero correría hacia nuestras manos sin el menor esfuerzo, impulsado por sí solo... No tendrías más que abrir tu caja fuerte para que los dólares entrasen obedientes en ella...

—Ya entran, Joe.

—Pero no en la cantidad que tú y yo desearíamos. Con ese dinero podríamos hacernos los dueños de la ciudad entera, del Estado. Compraríamos al Gobernador y quién sabe si llegaríamos a controlar la entrada de uranio en todo Ohio.

Snure sacudió la ceniza de su habano en el magnífico cenicero que había junto a la mesa.

—¿Sabes que eres muy ambicioso, Joe?

—¿Por qué no serlo? —Y después de una pausa—: Espero, muy pronto, proporcionarte el arma que necesitas para eliminar estorbos.

—¿Te refieres a...?

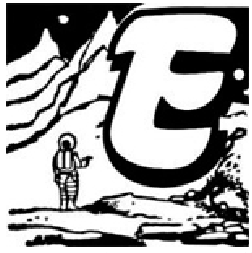
—Al mismo—concluyó Joe.

—¿No puedes anticiparme nada?

—No. Ya me conoces, jefe... Cuando Joe te entregará algo, será prueba de que se trata de algo interesante y cierto, sin escapes.

—Ya lo sé, Joe. Y puedes estar seguro de que ese día, el gran día, no me olvidaré de ti... ¿Un trago?

CAPITULO IV



L sacerdote descendió del avión, mirando curiosamente el amplio aeródromo de Silver City. Luego, tras haber atravesado la barrera metálica que comunicaba con el «hall» de la Estación, se dirigió hacia la salida, llamando a uno de los taxis que estaban, en fila, en el aparcamiento reservado a esa clase de vehículos.

—¿Dónde vamos, padre? —inquirió el chófer.

—Es la primera vez que vengo a Silver City —dijo el otro—. ¿No puede aconsejarme un hotel, hijo mío?

—¡Naturalmente! —El chófer guiñó un ojo—. Pero todo depende del dinero que se quiera gastar. Silver City es una ciudad muy cara, diabólicamente cara —se sonrojó—. ¡Perdone la expresión!

El sacerdote sonrió.

—Comprendo, comprendo... —dijo, con voz dulce—. Lo que yo necesito es un hotel corriente, no lujoso, un sitio tranquilo.

—Le llevaré al «Maryland». Seguro que le gustará.

Unos minutos más tarde el vehículo se detenía, en un barrio tranquilo, junto a un edificio de cuatro plantas, limpio de fachada y de aspecto agradable.

El chófer descendió, cogiendo, por la fuerza, la maleta que llevaba el sacerdote. Al hacerlo, lanzó un silbido de admiración.

—¡Córcholis, padre! Se necesita tener fuerza para llevar esto como usted lo llevaba.

El otro sonrió.

—Es la costumbre...

Con un gran esfuerzo, el chófer llevó la maleta hasta la recepción, preguntándose si el sacerdote llevaría plomo en ella. Cuando, finalmente, le pagaron, el chófer olvidó su cansancio al comprobar la espléndida propina que el sacerdote le había dado.

—¡Mucha suerte, padre!

—Gracias. La necesitaré.

Le alojaron en la habitación 222, un par de estancias amplias, con grandes ventanales y perfectamente amueblada.

Una vez se quedó solo, el sacerdote se quitó el sombrero negro, dejando al aire sus aplastados cabellos rojizos; después, desposeyéndose de la chaqueta negra y del cuello almidonado, se miró en el espejo, sonriendo.

Era Law Duncan.

Había pensado mucho en la manera de llegar a Silver City y aquel disfraz le pareció el más apropiado, ya que la gente, por costumbre, no suele mostrarse excesivamente curiosa con un sacerdote.

Encendió un cigarrillo pensando en que ya había terminado el primer día que el gobernador de la prisión de Owerland le había dado. Un día que había sido necesario para arreglar muchas cosas, sin las que le hubiese sido imposible presentarse en aquella ciudad.

Consultando el reloj se percató, alegremente, de que la jornada no estaba aún totalmente terminada y que, con un poco de suerte, podría realizar la primera visita que tenía en la lista.

El chófer le había deseado suerte y no sabía aquel hombre cómo iba a necesitarla.

Porque, en el momento en que «ellos» creyesen que Olaf había regresado, se lanzarían en su busca como perros rabiosos, dispuestos a eliminar al único testigo de sus sucios manejos, al que habían creído a buen recaudo al caer en manos de la policía.

Era evidente que habían avisado a la policía de Owerland, comunicándoles la posición del vehículo que ellos mismos debían haber dejado en aquel sitio solitario y nevado. Al revisar el coche, antes de salir de Owerland, Law se había dado cuenta de que no le quedaba ni una gota de gasolina, señal evidente de que ellos no querían que Olaf se alejase del lugar donde la policía debía encontrarle.

Aunque todo aquello, por el momento, no eran más que hipótesis.

Law estaba seguro de que su hermano no había matado al vigilante de la «Gedme», pero desconocía las andanzas de Olaf en Silver City y no sabía hasta qué punto podía estar comprometido.

Todo eso se aclararía en su día.

Tiró el cigarrillo, abrió la maleta, sacó su «holster» y se lo colocó lo más apretado posible, volviéndose a poner el traje de sacerdote y cuidando que el sombrero ocultase perfectamente su pelambrera rojiza, tremendamente peligrosa para quien la viese, asociada a su rostro, idéntico al de su hermano.

Había elegido un sombrero de amplias alas, de manera a que la sombra que éstas proyectaban cubriese su rostro, ocultándolo a la curiosidad de sus posibles interlocutores. Además, yendo perfectamente rasurado, impedía que nadie se percatase del rojizo color de los pelos de su barba.

Debía de haber muchos pelirrojos en Silver City, pero el color de los cabellos, asociado al rostro, constituía el mayor de los peligros para Duncan.

Hizo un paquete con algunas cosas que sacó de la maleta, envolviéndolo todo en un mantón negro, saliendo después de la habitación.

Una vez en la recepción, se acercó al empleado.

—Desearía alquilar un coche —dijo—. He de hacer muchas visitas en mi corta estancia en esta ciudad y me convendría moverme libremente.

—Nada más fácil, padre. Voy a darle la dirección de una de las mejores casas de alquiler de coches. Está muy cerca de aquí... Tres manzanas más arriba.

—Muy bien. Vengo a lograr unas subvenciones para una nueva Universidad...

El empleado sonrió.

—No es que yo quiera desanimarle, padre; pero Silver City no es un lugar donde la gente se preocupe mucho por las universidades.

—No importa. Creo que, con la ayuda de Dios, lograré lo que me propongo.

Y lo dijo con sinceridad, aunque lo que él deseaba hubiese extrañado al hombre que tenía enfrente.

En la casa de alquiler le dieron toda clase de facilidades, saliendo después a bordo de un «Ford» de modelo corriente, color negro, que convenía maravillosamente a la seriedad de su aspecto.

Se detuvo después, en una seria sala de té, donde merendó sobriamente, aprovechando la ocasión para consultar el Anuario de Profesiones, del que anotó algunas direcciones en un minúsculo cuaderno que llevaba en la cartera.

Quince minutos más tarde, después de detenerse el tiempo preciso para preguntar a un agente de circulación por la situación de una calle, se detenía en una travesía secundaria, en el viejo barrio de la ciudad, no lejos de una flamante tienda, con letreros luminosos que hacían aparecer, en tres colores diferentes, el anuncio de:

OSWALD FRUSTON

ARMERO

Duncan había aparcado cuidadosamente el coche en un lugar oscuro, fuera de la zona que las farolas iluminaban. Entonces, en un santiamén, se quitó las ropas de sacerdote, poniéndose un sencillo traje gris que llevaba envuelto en el mantón negro que sacó del hotel.

Después de vigilar el exterior y tras darse cuenta de que casi nadie pasaba por allí, saltó ágilmente del coche, comprobando antes que su «Luger» salía fácilmente de su funda, cruzando la calle y penetrando decididamente en el establecimiento.

Se había dado cuenta, antes de llegar, de que las reformas que habían hecho de aquella tienda un hermoso establecimiento eran muy recientes. Y sonrió, seguro de que no se equivocaba al pensar en el origen de aquella súbita prosperidad.

Un timbre de aviso sonó al abrirse la puerta, dejándose de oír en cuanto Law la cerró.

Además del traje, el joven había cambiado el sombrero negro por un flexible gris, cuya ala le caía sobre el rostro, dejando parte de éste en la sombra.

Tardaron muy poco en salir.

Un hombre de mediana edad, delgado, de manos huesudas y completamente calvo apareció por una puerta que Duncan no había visto hasta entonces.

—Buenas tardes, señor—saludó el hombre.

—Buenas tardes.

—¿Qué desea?

Duncan no tuvo más que, con un gesto preciso, echarse el sombrero hacia atrás. La sonrisa del armero desapareció como por ensalmo y retrocedió unos pasos, mientras su rostro adquiría un color terroso sucio.

—¿Me conoce, eh?

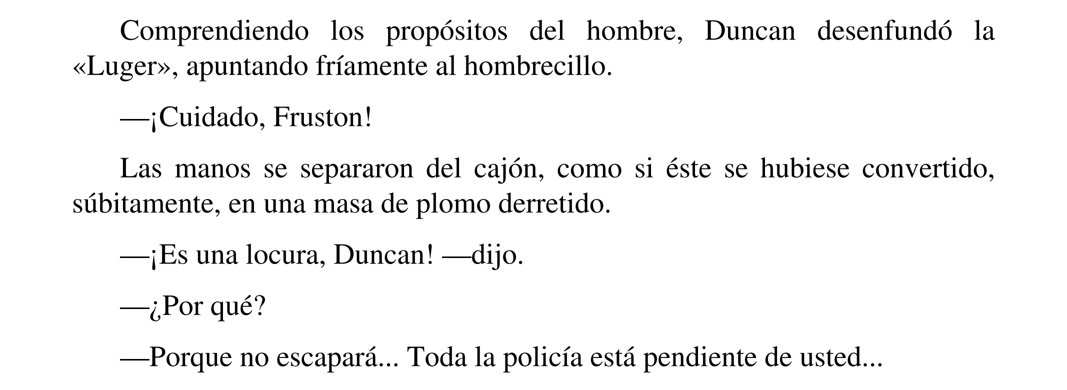
El otro tardó unos segundos en hallar su voz, que salió, no obstante, ronca y sin fuerza.

—¡Usted!

—Sí, yo. Creías que me habían eliminado, ¿verdad?

—Yo... —balbució el armero.

Estaba apoyado en uno de los armarios y sus manos jugueteaban con un cajón que tenía a su espalda.



Comprendiendo los propósitos del hombre, Duncan desenfundó la «Luger», apuntando fríamente al hombrecillo.

—¡Cuidado, Fruston!

Las manos se separaron del cajón, como si éste se hubiese convertido, súbitamente, en una masa de plomo derretido.

—¡Es una locura, Duncan! —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no escapará... Toda la policía está pendiente de usted...

—Ya lo sé; pero es posible, si no contestas a mis preguntas, que tú seas el primero en pasar al otro barrio. Y eso, después de todo, puede ser una satisfacción para mí.

—¡Yo no le he hecho nada, Olaf!

Duncan sonrió.

Le empezaba a gustar que le tomasen por su hermano. Estaba seguro de que así ocurriría, pero le agradaba comprobarlo.

—Ya sé que tú no hiciste nada, cerdo asqueroso..., justo lo bastante para que la «poli» tenga pruebas suficientes para enviarme a la cámara de gas... ¿de quién era la pistola?

—¿Qué pistola?

—La que sirvió para matar al vigilante nocturno. Tú ya sabes que nunca te compré ninguna...

El otro tragó saliva con dificultad.

—¿Cómo es posible que haya olvidado que le vendí una pistola, señor Duncan?

Law frunció el entrecejo.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

Algo se puso a vacilar en la mente del joven. Estaba tan seguro de haber elegido el buen camino que dudó, durante unos segundos.

Pero reaccionó en seguida.

Su mano izquierda golpeó, de un fuerte revés, los labios del armero, que empezaron a sangrar abundantemente.

—¡Mientes, perro! ¡Tú no me vendiste jamás ninguna pistola!

—¡Juro que sí! Ahí está inscrita, en los libros...

—¡Enséñamelos!

Fruston había sacado su pañuelo blanco del bolsillo exterior de su chaqueta y se limpiaba la sangre que seguía manando de sus maltratados labios. Después, cogiendo uno de los libros, buscó hasta señalar, con el dedo manchado de sangre, una inscripción.

Sin dejar de vigilar al hombre, Law leyó lo que allí ponía:

> *Pistola 5738765, calibre 32, vendida a Olaf Duncan el... Pago realizado por cheque el... Importe total, usos y consumos incluidos: 176 dólares.*

Law recordó que el arma del crimen había sido un 32.

Se estremeció.

—¿Se da cuenta ahora, señor Duncan?

—¡Calla!

Necesitaba reflexionar.

Hasta que, momentos más tarde, sonrió tristemente, mientras el otro le miraba extrañado.

—Esto no importa —dijo entre dientes—. Yo no maté a nadie. Puedes decir a tus amigos, a los que te han dado el dinero por declarar contra mí, a los que te han permitido arreglar tu tienda, que no pararé hasta descubrir la verdad... ¡caiga el que caiga!

Salió, como una tromba, corriendo hacia el coche que puso en marcha velozmente, saliendo de la ciudad para volver a ponerse el traje de sacerdote.

Pero su entusiasmo había caído totalmente.

¡Estaba seguro de que su hermano le había mentido!

* * *

Fruston no dejaba de pasarse el pañuelo por la calva, donde el sudor ponía brillos líquidos.

Estaba sentado en un sillón, frente a Snure, mientras Bell, como de costumbre, se limpiaba las uñas junto al aparato televisor, siempre apagado.

—¿No habrás soñado, Fruston?

—¿Soñar? Le he visto como le estoy viendo a usted... Lo que sigue

extrañándome es que se hubiese olvidado de lo de la pistola.

—Debe de estar muerto de miedo. No sé cómo se ha atrevido a volver.

—Pues no me pareció asustado, señor Snure... ¡Parecía otro!

—No me hagas reír. Olaf fue siempre un cobarde, un miedoso... Lo que ocurre —añadió, sonriendo —es que tú eres aún más miedoso que él.

Fruston no dijo nada.

El silencio pesaba como una losa.

—Hay que buscarle —dijo Bell, sin dejar de mirar la punta del cuchillo que se hundía entre sus uñas—. Hay que buscarle y quitarle de en medio.

—¡No! —rugió Alan—. Lo que tenemos que hacer es consultar con el señor Gatner. No creo que él quiera que Olaf desaparezca así como así. No olvides que robó el uranio y debe ser entregado a las autoridades.

—¿Y si sabe algo?

—¿Qué quieres que sepa? Podrá decir todo lo que desee, pero nadie le hará caso. Su cuenta en el Banco, las huellas en la pistola, su huida...

Fruston movió sus labios hinchados.

—¿Cómo demonios habrá olvidado lo de la pistola? Claro que hace tiempo y...

—Ya te he dicho que debe de estar medio muerto de miedo. ¡Tiene que haberse vuelto loco para volver a Silver City!

El teléfono sonó en aquel instante.

Alan fue al aparato y descolgó.

—«Hello?»

—¿Snure?

—Sí, señor.

—¿Qué ocurre? Ya sabes que no me gusta que me telefonees por tonterías que tú mismo puedes resolver.

—Olaf ha vuelto, señor Gatner.

—¿Eh?

Hubo un corto pero pesado silencio.

—¿Te has vuelto loco, Alan?

—No, señor. Olaf ha estado en la armería de Fruston. Fue a decirle que quién le había pagado por hundirle. Y le golpeó, hinchándole los labios.

—¿Seguro que ese viejo no está borracho como una cuba?

—No. No está borracho.

—¡Es imposible! Olaf es incapaz de volver: se moriría de miedo.

—Eso es lo que yo pienso. También es curioso que Olaf haya olvidado que compró la pistola a Fruston.

—¿No se acordaba?

—No.

—Sí que es curioso. Bueno... habrá que hacer algo...

—Bell dice que, si usted quiere...

—¡Dile a Bell que se meta en sus asuntos! Olaf debe ser juzgado y castigado públicamente. Es la única manera de poder despachar todo lo que tenemos.

—Naturalmente, señor.

—Vas a decir a Fruston que vaya a ver al superintendente Marsh. Que le diga lo que ha pasado y que lance todas las fuerzas policiales a la caza de ese loco. Si está en la ciudad, no tardarán en encontrarlo. Además, Rydeen, el inspector, me debe unos favores... Yo le llamaré personalmente y puedes estar seguro de que no pasarán muchas horas antes de que Olaf caiga en manos de Chas... ¡Y no quisiera estar yo en el pellejo de ese imbécil cuando Rydeen le ponga la mano encima!

—Entendido.

—Fruston debe hacer una denuncia en regla. Dile de mi parte que no tema nada. Para tranquilizar a ese viejo cobarde puedes decirle que encargarás a Bell de que vigile los alrededores de su tienda, por si Olaf volviese; pero no hagas nada. Y, sobre todo, di a Joe que lo aplastaré sin piedad si se mete en este asunto...

—Se lo diré.

—Nosotros no sabemos nada de esto y seguiremos haciendo como si ignorásemos que Olaf ha vuelto. La policía debe ser la única que, oficialmente, conozca el asunto. Pero abriremos los ojos y si ese imbécil se acerca a nosotros, nos limitaremos a dejarle sin sentido hasta que el inspector Rydeen se lo lleve a la cárcel, ¿entendido?

—Perfectamente.

—Hablando de otra cosa... Espero que lo habrás colocado todo en su sitio, ¿eh?

—Sí, señor. Todo está en el parque, como de costumbre.

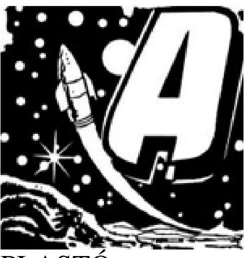
—¿Quién está allí?

—Sperry, Andrake y Eash.

—Bien. Mándame a Sperry. No quiero que Olaf cometa una tontería. Me servirá Ray de guardaespaldas.

—Bien.

CAPÍTULO V



PLASTÓ un nuevo cigarrillo, lanzando una mirada sin interés al cenicero completamente lleno. Había fracasado.

Si la pistola pertenecía a su hermano, Olaf le había engañado completamente y ya no podía creer en nada de lo que había oído en la celda de la prisión de Owerland.

¿Dudaba incluso de la inocencia de Olaf, su propio hermano?

Aquélla era la más terrible, la más dolorosa de las preguntas que su cerebro febril se formulaba. Porque, si empezaba a dudar en la inocencia de su hermano, no tenía nada que hacer en Silver City:

Cerrar la maleta y largarse.

Pensó hacerlo; pero, no obstante, aunque hubiese deseado visitar nuevamente a Olaf para obligarle a decir la verdad fuese como fuese, había algo que le hacía pensar en que había caído en una trampa, cuyos afilados pinchos podían envenenar su estancia en aquella ciudad.

Porque si, inconscientemente, había negado el poseer un arma y el armero le había convencido de que estaba equivocado... ¿no proporcionó, sin darse cuenta, una pista a sus enemigos, haciéndoles ver que no era el verdadero Olaf?

Después de todo, no era bastante raro que ellos pensasen en la existencia de un hermano gemelo o en alguien que, aprovechándose de un extraordinario parecido con Olaf Duncan, desease sacar beneficios de aquella turbia situación.

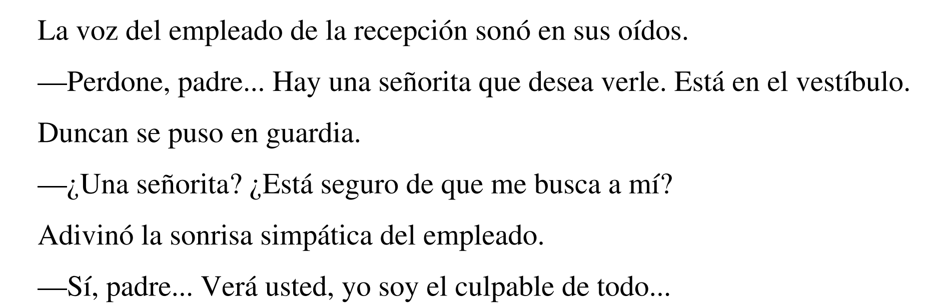
No iba a ser tan fácil como había pensado en un momento.

Su idea central había sido la de arremeter, aprovechándose de la sorpresa de sus enemigos, descubriendo la verdad y poniendo en evidencia los artilugios que habían utilizado para perder a Olaf.

Ahora...

El teléfono le sacó de sus pesimistas cavilaciones.

—¿Diga?



La voz del empleado de la recepción sonó en sus oídos.

—Perdone, padre... Hay una señorita que desea verle. Está en el vestíbulo.

Duncan se puso en guardia.

—¿Una señorita? ¿Está seguro de que me busca a mí?

Adivinó la sonrisa simpática del empleado.

—Sí, padre... Verá usted, yo soy el culpable de todo...

—No entiendo ni una sola palabra.

—La señorita Moore es una amiga mía... periodista... Le dije que usted venía para lograr fondos para una universidad. Lo hice pensando en que ella podría ayudarle, escribiendo algún artículo que explicase...

Ahora, el que sonrió fue Duncan.

—Está bien, muchacho..., lo comprendo. No tengo mucho tiempo, pero bajaré a charlar unos minutos.

—¡Gracias, padre!

Law colgó, sin dejar de sonreír, pensando en las situaciones chuscas a las que podía llevarle su disfraz. Se lo puso, colocándose unas gafas negras para evitar que la periodista pudiera reconocerle. Una vez ante el espejo, Duncan pareció satisfecho.

Fue el mismo empleado quien le condujo a la salita, en la que en aquellos momentos, sólo había una joven, extraordinariamente bonita, que se levantó prestamente al verles llegar.

Se estrecharon la mano.

—Éste es el padre Baxton..., ésta es Pearl Moore, padre...

—Encantado.

—Yo les dejo —dijo el joven, alejándose hacia la puerta del vestíbulo.

Se sentaron.

Law se percató de la singular, belleza de la muchacha y de la simpatía que parecía emanar de toda su persona. Tenía los cabellos negros, recogidos en un gracioso moño, que se veía tras su sombrero y sus ojos eran del mismo color, extraordinariamente grandes y expresivos.

—Usted dirá, señorita.

—Gracias, padre. Yo deseaba conocer, si es posible, sus proyectos en la ciudad. Ya me dijo Fred que le había anticipado un poco de psicología de Silver City... La gente no se preocupa demasiado de las universidades.

Duncan sonrió.

—Ya he podido darme cuenta, señorita Moore. Han recibido con tanta frialdad mis peticiones de ayuda, que voy a salir mañana para Chicago.

—¿Se va?

—¿Qué otro remedio me queda? No he logrado ni un solo centavo.

—¡Ya lo pensaba yo! Deje que escriba unas líneas y verá si les hago pensar un poco en los demás... ¡Menudos egoístas están hechos!

—No se preocupe, señorita. Esa clase de publicidad podría ser más perjudicial que beneficiosa. ¿Hace mucho que es periodista?

—Seis años.

—He oído hablar, sin querer, de un asunto bastante feo que estalló aquí hace poco... un robo de uranio...

—¿Habla usted del caso Duncan?

—Creo que así lo llaman.

—Yo conocí, en una fiesta, a ese muchacho. Y hubiese apostado lo que fuese a que era incapaz de hacer lo que luego hizo... o dicen que hizo.

—¿Le cree inocente?

—No es eso. Ya sabe usted, padre, mucho mejor que yo, los misterios que puede encerrar el alma humana; pero Olaf me pareció un chico estupendo, quizá un poco tímido, pero buen muchacho.

—¿Le conoció íntimamente?

—Un poco. Formábamos parte del mismo club y nos reunimos en algunas fiestas. Me sacó a bailar, charlamos... No es que me precie de conocerle a fondo, pero lo encontré sencillo y desde luego fui la primera en extrañarme de que hubiese cometido un crimen.

—¿Le vio recientemente?

Ella le miró, enarcando las cejas y él comprendió de pronto que «se estaba saliendo de su papel».

Por eso, con tono constreñido, agregó en voz baja:

—Perdone mi curiosidad, señorita. Pero asistí a la madre de Olaf en sus últimos instantes y conozco bastante a su familia.

—Estarán horrorizados con lo ocurrido, ¿verdad?

—Su padre murió después, señorita Moore. Olaf no tiene más que un hermano, al que perdí de vista hace muchísimo tiempo.

—¿No sabe nada de lo ocurrido a su hermano?

—Lo ignoro. ¡Lástima de muchacho!

—¿Se refiere usted a Olaf?

—Sí. Todos sabíamos, poco más o menos, que había logrado situarse estupendamente en esta ciudad. Así lo decía en sus cartas... Incluso anunció su próxima boda.

Ella torció el gesto.

—Eso fue también, lo confieso, una desagradable sorpresa para mí. Nunca imaginé que un muchacho como él fuese a enamorarse de Miriam Lundy.

—¿Es una mala mujer?

—No me gusta juzgar a los demás, padre; pero Miriam no era, a mi modo de ver, la mujer que convenía a Olaf... Había muchachas, en nuestro club, que le hubiesen hecho feliz.

Law se preguntó si ella se incluía en la lista; pero no dijo nada de ello.

—Miriam —prosiguió diciendo la periodista— es una bailarina notable. Sin saber exactamente por qué, dejó las tablas y se dedicó a trabajar en unos grandes almacenes. Fue un cambio tan brusco como inesperado. La prueba es que, desde que Olaf desapareció, ha vuelto a actuar en la sala de fiestas de Snure.

—¿Snure?

—Es un granuja, el jefe de toda la «pègre» de la ciudad... Un tipo repugnante, al que la policía debía preguntar más cosas de las que le pregunta.

—Comprendo.

—Lundy ha vuelto a reaparecer en el espectáculo que abandonó, quizá porque Olaf lo deseaba así. Todo ello me demuestra que el cariño que parecía tener a Duncan no era más que superficial.

—Todo esto es muy interesante, señorita Moore; pero, desgraciadamente, no está en nuestra mano el hacer algo por ese pobre muchacho, que se desvió del buen camino —se puso en pie—. Lamento también haberle hecho perder su precioso tiempo...

—¡No diga eso, padre! Lo he pasado bien con usted.

—Gracias.

La acompañó hasta la salida y ella le estrechó cordialmente la mano. Antes de despedirse ofreció:

—Si alguna vez viene por aquí, dígamelo y le prepararé una campaña para ablandar los corazones de piedra de los magnates de la ciudad.

—Así lo haré.

* * *

Cuando los focos, en medio de un silencio impresionante, iluminaron la grácil silueta de Miriam, el público, que había estado privado de la presencia de la bailarina durante casi dos años, irrumpió, como cada noche, en una ovación cerrada.

Miriam Lundy poseía una voz vulgar, pero sabía sacar de ella unas entonaciones sencillas, sinceras, profundas, que conmovían positivamente al público que la visitaba.

Por otra parte, su esplendorosa belleza contribuía— ¡y no poco! —al éxito que conseguía en cada actuación.

El hombre que la observaba y escuchaba aquella noche había llamado la atención del «maître» del local, al ver su cabeza completamente vendada y sus gafas negras.

Pero cuando recibió la propina, verdaderamente espléndida, su curiosidad desapareció como por ensalmo, comprendiendo perfectamente que aquel admirador de Lundy no había querido privarse del espectáculo, a pesar del probable accidente automovilístico que debía haber sufrido.

El hombre seguía con atención las evoluciones de la hermosa artista, maldiciendo en su interior el tener que haber adoptado aquel ridículo disfraz para ocultar los rebeldes y rojizos cabellos de los Duncan.

«Me teñiría el pelo con mucho gusto —pensó—, si no fuese porque deseo obtener de mi reaparición como Olaf el máximo provecho.»

Un poco antes de terminar el espectáculo, «el accidentado» abandonó el local, al que había ido obligado, ya que no pudo encontrar la dirección de Miriam en parte alguna y, además, no la conocía personalmente, pues su hermano no le mostró retrato alguno, quizá porque no lo tenía en aquel momento.

Una vez fuera de la sala de fiestas, Law se dirigió rápidamente a su coche, aparcado como de costumbre en un lugar oscuro, y procedió a quitarse el vendaje, preparándose para seguir a la muchacha.

Miriam era la única persona sobre la que las sospechas recaían claramente, ya que había sido, sin duda alguna, la que drogó el café que ofreció a Olaf, facilitando así la puesta en marcha del plan que los verdaderos ladrones de uranio habían forjado.

¿Cómo podía haber sido Olaf tan estúpido como para no darse cuenta de que aquella pájara no le amaba?

Ella, mujer positiva, jugó con él hasta que le vio en situación

comprometida. Hasta entonces, seguramente y debido a la estupenda posición que el joven ocupaba, Miriam estuvo dispuesta a todos los sacrificios, abandonando incluso las tablas, obedeciendo al hombre que, al hacerla su esposa, iba a convertirla en un personaje importante de la ciudad.

Law se mordió los labios.

Estaba dispuesto a empezar su plan de ataque.

Hasta entonces había obrado con cautela, escondiéndose, disfrazándose; pero, sin saber exactamente por qué, quizá por pura intuición, empezaba a pensar en que los tiempos de tranquilidad habían terminado para él y que la hora de lanzarse a fondo se estaba acercando inexorablemente.

Había abandonado el hotel, despidiéndose como padre Baxton del simpático muchacho de la recepción. Después, dejando su maleta en consigna, y en ella su disfraz de religioso, esperaba obtener de Miriam la verdad y poder poner las cartas sobre la mesa, para lo cual, evidentemente, no necesitaba disfraz alguno.

«Caiga el que caiga», se había prometido. Y ellos no conocían aún al verdadero Law Duncan, dispuesto a arremeter contra todo lo que se opusiese a demostrar la inocencia de su hermano.

Respecto a Olaf, todavía quedaban algunos puntos oscuros, como el de la pistola, que seguía haciendo daño a Law; pero cuando terminó de golpear a su hermano, haciendo de tripas corazón, nadie hubiera podido convencerle de que Olaf era completamente inocente en lo que se refería a la muerte del sereno y al robo del uranio.

Esperaba que la muchacha saliese acompañada por el «admirador de turno», pero se llevó una agradable sorpresa al ver que salía completamente sola, tomando un taxi cuyo conductor, que debía ser el habitual, la saludó amablemente.

Duncan siguió al taxi sin ninguna dificultad.

Una vez, sin embargo, creyó que era seguido, pero la desaparición del vehículo que le parecía sospechoso hizo desaparecer totalmente sus temores.

Finalmente, el taxi se detuvo ante un edificio moderno, en el que penetró la joven.

Cuando él vehículo se alejó, Law descendió del suyo y comprobó al llegar a la entrada que la cerradura no iba a oponerle gran resistencia. En efecto, momentos después cerraba la puerta tras sí, encendiendo una linterna para leer en la pared, junto al ascensor que descendía ahora de llevar a la joven, la dirección de ésta:

Miss LUNDY, Miriam.
Apartamento 2005. — Séptima Planta.

Law se decidió a subir en el ascensor hasta la octava planta, bajando después por la escalera. La luz del pasillo, de relojería, seguía aún encendida cuando el joven se detuvo ante la puerta 2005.

Llamó.

Los pasos de la muchacha se dejaron oír por el pasillo hasta que se detuvieron ante la puerta.

—¿Quién es? —inquirió una voz agradable al otro lado.

—Yo, querida.

Le costó no poco pronunciar aquellas dos palabras con el suficiente tono de convencimiento; pero lo hizo.

Hubo una larga pausa al otro lado; después, bruscamente, la puerta se abrió y Miriam apareció en el dintel, mirando al joven con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Olaf!

Él entró en el apartamento y ella se hizo a un lado, precediéndole después hasta el elegante y coquetón «living», que una lámpara invisible iluminaba con una luz tamizada y agradable, por su intimidad.

—¡Hola, Miriam! —dijo él.

Ella le contemplaba, intensamente. Y, de repente, antes de que él pudiese evitarlo, la joven se lanzó a sus brazos, posando sus labios sobre los de él y besándole largamente.

Duncan se defendió, como pudo, de la ola de calor que le invadía, como si el mecanismo de la calefacción se hubiese súbitamente estropeado; después, tan bruscamente como le había besado, ella retrocedió, con una expresión de extrañeza en el rostro.

—¡Usted no es Olaf!

Law no despegó los labios.

—Usted no es Olaf—repitió ella—; sin embargo, se parece tanto a él, que yo misma me he equivocado... ¿Quién es usted?

Duncan se dio cuenta de que ya era inútil disimular.

—Soy su hermano —dijo con firmeza.

—¿Su hermano? ¡Ya comprendo! Me habló una o dos veces de usted, diciéndome que eran gemelos y que se parecían... aparentemente. Tenía razón.

—Eso no importa ahora, Miriam... Son otras cosas las que interesan.

—¿Quiere beber algo? —dijo ella, señalando hacia el mueble bar.

Una irónica sonrisa entreabrió los labios de él.

—No, Miriam... No quiero dormirme y despertarme después con un crimen sobre la conciencia y toda la policía detrás de mí.

Ella se estremeció, recibiendo el impacto que Law le había dirigido tan brutalmente.

—Sospecha de mí, ¿verdad?

—Sospecho de todo el mundo. Para eso he venido a Silver City, pequeña. Olaf se ha metido en un lío hasta el cuello y estoy convencido de que es inocente de cuanto se le imputa.

—Yo también.

—Eso no lo dudo.

Hubo una pausa.

—¿Por qué no nos sentamos, preciosa? Usted, si quiere, puede beber; yo, por el momento, me limitaré a fumar. Además, como espero que, de los dos, sea usted la que hable más, no creo que necesite nada para, apagar mi sed.

Ella obedeció mansamente, dejándose caer sobre un sofá.

Law tuvo que convenir, por encima de todo el odio que sentía hacia aquella pájara, que Olaf tenía un gusto endiabladamente aquilatado y que Miriam Lundy era una de las más hermosas mujeres que la vida le había permitido contemplar.

—Vayamos al grano, Miriam —dijo, después de un largo silencio—. ¿No le parece?

—Como quiera; pero ¿por qué no nos tuteamos? Después de todo —agregó, con una tenue sonrisa—, hemos estado casi al borde de ser cuñados.

—No veo la gracia; pero por lo de tutearnos, vale... ¿Cuánto te dieron por dormir a Olaf, Miriam?

Ella se estremeció.

—No, no eres como él... Y hablando de todo, ¿cómo te llamas?

—Law.

—Bien. No eres como él, Law. Tu hermano hubiese sido incapaz de hablar tan brutalmente a una muchacha.

—Así acabó él; pero dejémosnos de desviaciones. ¿Por qué le drogaste?

—Por su bien.

—¿Eh? ¿Me tomas por un estúpido?

Ella le miró fijamente.

—Es la verdad. Hice todo aquello por salvarle.

—¡Bonita y romántica manera de salvar a un hombre! Un poco más y eres tú la encargada de tirar de la soga que le hubiese ahorcado.

—No me haces gracia, Law. Y si me escuchas, podré decirte lo que me empujó a hacerle lo que a ti te parece algo malo.

—Te escucho.

—Olaf era un hombre sencillo y tan inocente que no se había dado cuenta de la clase de avispero en que se había metido. Para él, todas las personas que le rodeaban eran decentes...

—De eso estoy plenamente convencido.

—No me interrumpas... El día que iba a darme mi regalo de prometida, yo llegué a su casa alrededor de las once. Él me había dejado una nota, explicándome que volvería en seguida, ya que había olvidado el dejar unos documentos en el despacho de su jefe... ¡Por qué volvería allá, Dios mío!

—¿Y qué pasó?

—Al regresar, estaba pálido como un muerto. Me dijo que había sorprendido a unos ladrones que se estaban apoderando del uranio del almacén. Quería avisar inmediatamente a la policía.

—Y tú no le dejaste.

—Así fue.

—¿Por qué?

—Porque hubiese sido completamente inútil. La policía de Silver City está a las órdenes de Gatner. Él lo controla todo.

—Es el director de la «Gedme», ¿verdad?

—Sí.

Law lanzó una carcajada.

—¡Es curioso que él mismo proteja a los ladrones que se introducen en su almacén!

—De eso no sé nada —repuso ella, con vehemencia—, Pero yo sabía perfectamente que la llamada a la policía podía ser fatal para Olaf. Por eso, mientras se duchaba, llamé a su propio jefe.

—¿Le conocías tanto como para eso?

—Era uno de mis admiradores en el cabaret. Me había enviado muchas

flores y cenamos juntos un par de veces.

—¿Nada más?

Ella se sonrojó.

—No, nada más... Llamé a Lawrence y le dije lo que había ocurrido... Empezó a gritar como un loco; después, cuando se hubo calmado, me dijo lo que debía hacer: bajar al bar, donde uno de sus hombres me entregaría un frasquito cuyo contenido tenía que verter en la bebida de Olaf.

—¿Y después?

—Me dijo que esperase hasta que alguien llamase a la puerta y que después volviese a casa. Me advirtió claramente que lo debía olvidar todo de una manera definitiva.

Hubo un silencio.

—Cuando Olaf desapareció, yo pedí a Lawrence que no le hiciesen nada y él me lo prometió, Recibí la orden de volver al cabaret. Sabía que ellos deseaban vigilarme y que trabajando junto a Alan Snure podrían tenerme siempre cerca...

—¿Temían que te fueses de la lengua?

—Es posible. Yo, cuando supe lo qué iban a hacer con Olaf, llamé a su jefe y le dije que no estaba de acuerdo con que le hiciesen daño y que no contase con mi discreción si le ocurría algo malo.

—¡Una valiente muchacha!

—No me hieren tus burlas, Law. Él me amenazó, pero yo le dije que había escrito una carta, con todo lo que había ocurrido aquella noche y que si algo me ocurría, la persona que la guardaba cerrada la haría llegar a Washington.

—Bien hecho.

—Lawrence me prometió entonces que Olaf sería defendido por el mejor abogado del estado y que podría salir después de unos años de cárcel. Me dijo también que era imposible hacer más... No tenía más remedio que aguantarme con lo que había conseguido, ya que desde que Olaf descubrió a los ladrones, estuve completamente segura de que su vida no iba a valer ni un centavo. Pero yo había conseguido algo positivo y estaba contenta, a pesar de todo.

—¿Y la carta?

—No la he escrito.

Él la miró, encendiendo un nuevo cigarrillo.

—Tienes una manera curiosa de amar, Miriam he de reconocerlo.

Ella se levantó, furiosa, mirándole con sus grandes ojos que parecían lanzar chispas.

—¡Eres un sucio canalla, Law! ¡Yo amé a tu hermano con toda mi alma y le sigo queriendo! ¿No comprendes que él fue el hombre que logró sacarme de mi profesión, que ejercía por necesidad? El me ofrecía una regeneración completa y yo le obedecí, entusiasmada, poniéndome a trabajar con una ilusión como jamás había tenido en mi vida... ¡Pero él lo estropeó todo!

—¿Por qué no le dijiste que callase?

—Hubiera sido inútil... Si Olaf se hubiese dado cuenta de toda la asquerosa podredumbre que le rodeaba, si hubiera conocido el fondo de todos los hombres en los que creía, se habría desmoronado como un montón de arena... ¡Olaf no era capaz de saber guardar un secreto que le hubiese hecho parecer culpable ante alguien que no le perdonaría jamás: él mismo! —Y después de una pausa prosiguió, con voz repleta de ternura— Muchas veces me habló de la «vocecilla» de su conciencia, a la que hacía caso... más que a nadie. Era un hombre entero, sano de espíritu como ninguno de los que he conocido. Por eso me enamoré de él con toda la fuerza de mi corazón, herido mil veces por la crueldad de mis semejantes.

Law guardó silencio.

En el fondo, naturalmente, debía estar irritado, ya que Miriam era la segunda persona «que se le escapaba», descubriéndole aspectos completamente desconocidos del problema.

Primero el armero, que le demostró, sin lugar a dudas, que Olaf había comprado un arma.

Y ahora, mucho más sorprendentemente, Miriam, que aparecía como una pobre chica, sinceramente enamorada de su hermano y que había obrado solamente para defenderle de un peligro que él no concebía.

Pero la sinceridad de la muchacha era patente.

—Está bien —dijo, levantándose—. Te creo, Miriam. Y conviene que no digas a nadie que he venido a verte, al menos como Law Duncan. Nadie, excepto tú, conoce mi verdadera identidad.

Ella se le acercó, cogiéndole cariñosamente por los brazos.

—Escucha, Law. Yo te considero como un hermano y tengo confianza en ti... ¡Eres tan distinto a Olaf! Tú, lo presiento, eres el único que puede salvarnos; sí, eso es: salvarnos... Porque al librar a Olaf de la trampa donde le han hecho caer, podrás devolvernos la felicidad. Y el día en que yo pueda abandonar aquel horrible lugar donde me has visto esta noche, seré la mujer más feliz del mundo.

—Lo conseguiré, Miriam, caiga el que caiga...

Ella le besó, cariñosamente, en las mejillas. Y Law sintió la húmeda caricia de las lágrimas.

Abandonó el apartamento con la completa seguridad de que Miriam le había dicho la verdad.

—¡Me estoy convirtiendo en un Don Quijote! —se dijo, mientras bajaba por la escalera —... o en un estúpido inútil. De otra manera no puede explicarse lo que me está ocurriendo. Hasta es posible, si las cosas siguen por el mismo camino, que el verdadero asesino me demuestre que es la persona más buena del mundo...

Sonrió.

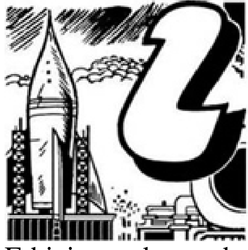
Pero, al cerrar la puerta de entrada, su sexto sentido le hizo saber, de una manera imprecisa, pero potente, de que «la comedia había terminado».

Los dos hombres le rodearon antes de que pudiese hacer el menor gesto para defenderse y uno de ellos le quitó la Luger con una destreza verdaderamente profesional.

—Vamos al coche.

Los siguió, dándose cuenta de que los momentos de sonreír habían terminado definitivamente.

CAPÍTULO VI



E hicieron descender a los sótanos, penetrando después en una habitación que olía fuertemente a humedad.

Dos sillas y una mesa era todo el mobiliario que allí había.

Además de los dos hombres que le habían apresado, otro más, un verdadero mastodonte, entró con ellos. Por su arrogancia, Duncan se percató en seguida de que aquél era el jefe.

Todos le rodearon.

Después de hacer que se sentase en una de las sillas, el coloso lo hizo, imitándole, frente a él. El humo de su habano barato hizo que Law carraspease.

—¿Así que te has atrevido a volver, mamarracho? —inquirió el de la cara de bestia.

—¿Por qué no iba a volver?

—Soy yo el que pregunto—sonrió—. Y, desde cierto punto de vista, nos alegramos de que nos hayas evitado el trabajo de reclamarte a otro jefe de policía.

Así, por aquellas palabras, se enteró Law de que había caído en las manos de las autoridades policiales de Silver City.

—No temo nada —dijo— porque soy inocente.

El otro sonrió.

—Eso la yo sabemos, hermano... Mira, con las pruebas que tenemos en nuestro poder, nos bastaría para convencer al jurado más exigente. Pero no quiero que nadie diga en la ciudad que el inspector Rydeen presenta a un culpable sin que éste haya firmado su declaración de culpabilidad. Eso no ha ocurrido nunca y, naturalmente, no ibas a ser tú la excepción.

—¿Cómo supieron que estaba en casa de Miriam?

Rydeen se volvió a los otros.

—¿Lo veis? A este tipo ha debido de pasarle algo tan grave que le ha

cambiado de personalidad... ¡Hasta se atreve a mostrarse curioso! —se volvió hacia el detenido—. Está bien, hermano. El saber que irías a ver a tu amor era una cosa elemental. Y desde que el armero denunció tu presencia en Silver City, me dije que la casa de Miriam era el lugar donde teníamos más probabilidades de cazarte. ¿Satisfecho?

—Bastante.

—Ahora ya sabes lo que tienes que hacer: dictar tu confesión, que un taquígrafo cogerá y firmarla después, Cuando hayas terminado, te llevaremos a tu celda... y en paz.

—No pienso firmar nada.

Chas no había dejado de sonreír.

—¿Lo habéis oído, amigos? Nuestro querido Olaf no quiere firmar nada. Ha debido leer, mientras estaba escondido por ahí, algunas novelas de «duros»... y se ha tomado por uno de ellos.

Su puño derecho salió disparado mucho antes de lo que Duncan esperaba. El impacto fue tan brutal que Law se vio proyectado, con silla y todo, cayendo en el suelo patas arriba.

—¡Siéntate!

Duncan obedeció, pero procurando mantener la silla un poco más alejada de la mesa que servía de barrera entre los dos. Tenía la boca llena de sangre y uno o dos dientes se movían, por sí mismos, al solo esfuerzo de tragar saliva.

—¿Vas a hacer lo que te he dicho?

—No.

Esperó el golpe, pero esta vez no llegó.

—Sujetadle.

Los otros dos lo cogieron, retorciéndole los brazos hacia atrás. Campechanamente, como si fuese a ofrecerle un cigarrillo, Rydeen se acercó a él.

—¿Cómo has podido olvidar, por todos los demonios, que eras un cobarde, de pies a cabeza? ¿Te ha sucedido algo grave, Olaf?

Duncan no contestó.

Con las manos abiertas, Chas empezó a golpearle las mejillas, ora la derecha, ora la izquierda, a un ritmo creciente.

La cabeza le daba vueltas.

—¡Contesta, perro!

Y Law contestó.

Lo hizo de una manera inesperada, con la punta del zapato, hundiéndolo en el vientre del inspector, que lanzó un sordo rugido, cayendo de rodillas y maldiciendo lo indecible.

Aulló:

—¡Voy a sacarte los ojos, hijo de perra! ¡Te voy a hacer pedazos!

Y eso era, precisamente, lo que estaban haciendo los otros dos adláteres. Furiosos por ver tratar a su jefe de aquella manera tan desconsiderada, habían arrinconado a Law, golpeándole a placer.

Molido a golpes, Duncan logró desembarazarse de uno de ellos con un formidable directo a la mandíbula, que puso K.O. al que lo recibió.

Arremetía contra el otro, en medio de los gritos salvajes del jefe, todavía de rodillas en el suelo, cuando una voz sonó junto a la puerta de entrada.

—¡Basta!

Todos se detuvieron.

El que había entrado era un hombre gordo, de brazuelos cortos y pelo escaso bajo el que brillaba intensamente un cuero cabelludo moreno.

Chas se levantó penosamente.

—¡Deje que acabe con él, señor!

—¡He dicho que basta!

Y se acercó a Law, que tenía la cara hecha puré.

—¿Cómo has vuelto, Duncan? ¿Has perdido la razón?

—He venido a demostrar mi inocencia.

—No digas estupideces... De todas formas, esperaremos a que Demick acabe de interrogar a la muñeca... Veremos si lo que sospecha es verdad.

Rydeen miró a su superior.

—¿Hay algo, señor Marsh?

El superintendente sonrió despectivo.

—Pronto lo veremos. Cuando me dijisteis que habíais cazado a Olaf en casa de Miriam, envié a Robert para que hablase un poco con ella. Todo esto me ha parecido extraño desde el principio...

Y miró, intensamente, a Law.

Todavía quejándose, Chas encendió un nuevo habano, volviéndose hacia Duncan, al que hubiese asesinado con la mirada, si hubiera podido.

Un largo silencio se estableció en la húmeda estancia, hasta que un joven

penetró, con los ojos brillantes, en la habitación.

—¿Qué hay, Demick? —inquirió el superintendente.

—¡Ese hombre no es Olaf, señor! Miriam lo ha confesado... aunque he tenido que apretar las clavijas.

—¡Perro! —rugió Law.

—¿Cómo? —inquirió Rydeen, con los ojos desorbitadamente abiertos—. ¿Que este tipo no es Olaf?

—¡Claro que no, imbécil! Debías haberte dado cuenta hace mucho... ¿Crees que Olaf hubiese contestado a tus golpes y peleado, como un duro de verdad, contra tres hombres? —sonrió—. Desde que Fruston denunció la presencia de este tipo, casi ya estaba yo convencido de que no podía ser Olaf. Además, lo de la pistola me daba la razón...

Se volvió a Demick.

—¿Te ha dicho quién era?

—No. Ella tampoco lo conoce... Dice que es un tipo que viene a aprovecharse de lo ocurrido con Olaf.

El superintendente se adelantó, encarándose con Law.

—¿Quién eres y qué has venido a hacer a Silver City?

—Divertirme un poco. Empezaba a aburrirme en mis posesiones de Canadá...

—¡Imbécil!

Y mirando fijamente a Rydeen, dijo:

—Tomadle las huellas dactilares... Después quiero que os lo llevéis de la ciudad y que lo dejéis en cualquier sitio apartado... lo más lejos posible.

Los ojos de Chas brillaron como carbones encendidos.

—¿Podré hacerle pagar el traidor golpe que me ha dado, señor?

—¡Allá tú!

* * *

El vehículo se alejó. Mientras, en el horizonte, las primeras tonalidades lívidas del alba estaban apareciendo.

Demick conducía el coche y Rydeen iba a su lado, regodeándose por anticipado de todo lo que iba pensando «aplicar» a Duncan como venganza del golpe recibido.

Hacía tiempo que la ciudad había desaparecido y Law la contempló, en una curva, perderse tras la fronda de una hilera de árboles.

Una triste sonrisa entreabrió ligeramente sus labios.

Era muy posible que aquélla fuese la última vez que viese Silver City; pero, de todos modos, había merecido la pena verla. Y, además, todavía no estaba muerto.

Todo dependía de lo que el bestial inspector entendiese por el «¡allá tú!» que había lanzado el puerco, del superintendente. Si Rydeen creía que podría extralimitarse, aquel sería el «último paseo» y el cuerpo de Law Duncan sería encontrado por cualquier despistado, medió comido por las hormigas del campo.

Claro que no se iba a dejar matar así como así.

Chas apoyaba el cañón de su pistola sobre las costillas de su prisionero, al que lanzaba de vez en cuando miradas asesinas.

Durante un largo trayecto ninguno de los dos policías había despegado los labios. Y sólo Law, con su asomo de sonrisa, se imaginaba lo que ocurriría si aquellos dos mostrencos supiesen la verdad.

Aunque, indudablemente harían caso omiso de todo, matándole con toda seguridad. Rydeen rompió el silencio, repentinamente. —¡Oye, Demick!

—¿Qué hay, inspector?

—¿Por qué no nos cuentas lo que pasó en el apartamento de Miriam? Sería divertido.

Law se removió, inquieto, y el otro hundió ferozmente el cañón de su arma, haciendo que el joven se mordiese los labios.

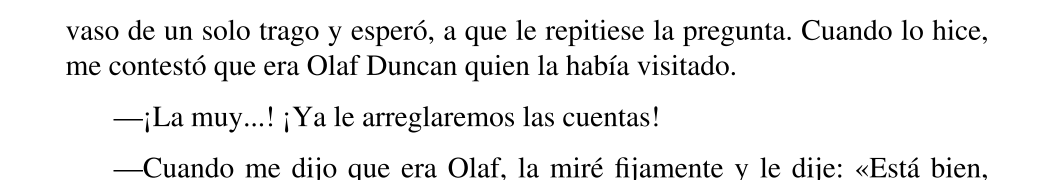
—¡Quieto, imbécil! ¿No te das cuenta de que estoy deseando dar gusto al gatillo? —Y después de un corto silencio—: Estoy esperando que me cuentes eso, Robert.

El que conducía soltó una carcajada; después, con voz melosa, imitando burdamente a la muchacha:

—«¿Qué desea usted, señor?», me preguntó al verme. «Pierdes el tiempo, muñeca», le dije, «lo mejor es que me digas quién era el tipo que acaba de salir de aquí...»

—¿Estaba tan guapa como siempre, Demick? —le interrumpió Chas.

—Preciosa. Pero no era el momento de desviarse de la misión encomendada. Ya conoces al superintendente... Entré en la casa y ella, muy amable, me ofreció un vaso. Le dije que no podía beber en acto de servicio y ella entonces debió de olerse que era de la policía. Se bebió el contenido de su


vaso de un solo trago y esperó, a que le repitiese la pregunta. Cuando lo hice, me contestó que era Olaf Duncan quien la había visitado.

—¡La muy...! ¡Ya le arreglaremos las cuentas!

—Cuando me dijo que era Olaf, la miré fijamente y le dije: «Está bien, preciosa... Yo no quería hacerlo, porque me disgusta sacudir a las damas como tú; pero tú lo has querido...» Y le sacudí una castaña de las mías.

Law se removió inquieto.

—¡Sigue, sigue! —exclamó Rydeen, con una feroz sonrisa en los labios.

—En contra de lo que yo esperaba, la chica no se puso a lloriquear y mirándome fijamente me dijo: «¡Alguna vez habrá alguien que limpie esta ciudad podrida!»

—¿Qué hiciste?

—Echarme a reír. Le dije: «¿Te refieres a ese tipo que ha salido de aquí, preciosa? No sabes cuánto me duele echar por tierra tus hermosos planes, encanto; pero ese tío está ya en la comisaría y el inspector Rydeen se encarga de la recepción en este momento».

—¿Le dijiste eso?

—¡Palabra!

Chas reía como un loco.

—Después —prosiguió Robert Demick, tras tomar una curva cerrada—, no quise perder más tiempo y empecé a sacudirle de lo lindo. ¡Era dura como no puedes imaginarte! Yo creí que cedería a los primeros golpes, pero tuve que sudar lo mío hasta lograr que se desmayase... La cogí en brazos y la puse bajo la ducha... Momentos después, tiritando de frío y con una cara mucho menos atractiva que la que tenía cuando entré, me confesaba que éste no era Olaf, sino un desconocido que quería sacar provecho de la situación.

—¡Eres imponente, Demick! Ya me ocuparé yo, personalmente, de esa loca. Sabe demasiado para dejarla circular libremente por la ciudad.

Hubo un nuevo y largo silencio.

La carretera desfilaba velozmente a ambos lados del coche. El día había llegado por completo y Law pudo percatarse de que se dirigían hacia las colinas, al norte de la ciudad.

—¿Qué piensas hacer, Chas? —inquirió repentinamente el chófer.

—¿A qué te refieres?

—A ése.

—¡Es gracioso! Estaba pensándolo en este mismo momento. Aunque, en

realidad, tengo mi idea desde que salimos de Silver City: nos lo cargaremos.

—Es lo mejor. Podemos decir al superintendente que intentó apoderarse de un arma. Date cuenta de que se trata de un individuo peligroso, a quien puede metérsele en la cabeza volver a Silver City para buscarnos más conflictos.

—Eso creo yo. Vas a parar en cuanto lleguemos a las colinas; pero primero quiero hacerle pasar un mal cuarto de hora...

Law se estremeció.

Pensaba, agarrándose a la última posibilidad, escapar con vida de aquella aventura; pero ahora, al oír las palabras de los dos policías—¡si es que aquellos dos granujas merecían tal nombre!—, se dijo que había sido un iluso al creer que se iban a limitar a darle una paliza.

La verdad es que se había metido a fondo en aquel asunto y ellos se dieron cuenta de que sabía demasiado.

El vehículo subió una pendiente bastante áspera, tomando un camino, a la derecha de la carretera general. Se detuvo momentos más tarde, entre unas peladas colinas sobre las que sólo eran visibles algunos raquíticos matojos de hierba medio helada.

El cerebro de Duncan funcionaba a toda velocidad.

Sabía que los pocos segundos que le quedaban iban a ser los más importantes de toda su vida. Y, locamente, desesperadamente, buscaba una solución que le permitiese escapar de la muerte, cuyos gélidos pasos eran ya perceptibles en aquella espantosa soledad de las colinas.

Sin dejar de apretar el arma contra su cuerpo, Rydeen pasó la mano por delante del de su prisionero, abriendo la portezuela.

Demick había bajado y esperaba a Law con la pistola en la mano.

—¡Vamos, perro! —aulló el inspector.

Nunca se había visto Law en un callejón sin salida como aquél. Y, a pesar de la triste sonrisa que entreabrió sus labios, el corazón le latía descompasadamente y una angustia indecible le mordía las entrañas.

—¡Vamos!

Se levantó, al mismo tiempo que Chas, que pegaba el arma a su espalda. En aquellas décimas de segundo, pensó fácilmente en lo que pasaría al descender del vehículo.

Chas le golpearía, amparado por el arma del otro, hasta que cayese en el suelo, con el rostro más destrozado de lo que lo tenía; después, sencillamente, un par de disparos en la cabeza...

... y se acabó.

Por eso, consciente de que aquélla, por muy problemática que fuese, era la única ocasión que tenía de salir con vida, o de vender cara la suya, aprovechó la disposición de sus enemigos y la suya propia.

Su brazo derecho se echó hacia atrás, cogiendo la pistola por el cañón y tirando de Rydeen con toda su fuerza.

El fogonazo le cegó y sintió la quemazón en el hombro; pero los acontecimientos se precipitaron a toda velocidad.

Alocado y furioso, Robert hizo fuego, con tan mala suerte que, mientras los otros dos caían del coche envueltos, los disparos se clavasen en el cuerpo de Chas.

Law sintió los estremecimientos agónicos del otro y pudo apoderarse de la pistola que se escapaba de las manos del moribundo. Seguía doliéndole horriblemente el hombro, pero la rabia era mucho más fuerte que el dolor y se dispuso a terminar definitivamente aquel asunto.

Al caer al suelo, debajo del cuerpo inerte de Rydeen, Duncan tenía ya la pistola con la que disparó desde una posición verdaderamente privilegiada, tumbando a Robert de un solo balazo, que penetró en la frente del policía.

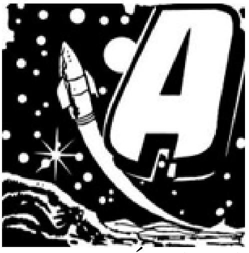
Se levantó, poco después, desasiéndose del peso enorme de Rydeen. Al ponerse en pie, se tambaleaba como un hombre ebrio.

No lanzó más que una mirada a los cuerpos de sus enemigos; después subió al coche y para calmar los nervios encendió un cigarrillo, dio vuelta a la llave de contacto, puso el vehículo en marcha y lo hizo descender, lentamente, tras haber dado la vuelta, por la carretera secundaria que llevaba a la principal.

Una vez allí, tomó el camino de Silver City.

No sonreía: un gesto adusto y decidido inmovilizaba sus músculos faciales en una contracción que casi era dolorosa.

CAPÍTULO VII



BANDONÓ el vehículo cerca de la ciudad. Después, alejándose de la carretera y utilizando solamente caminos secundarios, fue acercándose a Silver City.

No tenía todavía un plan concreto; pero estaba dispuesto a terminar de una vez con la misión que se había impuesto. Todavía le quedaban cuatro días para que se cumpliese el plazo que el gobernador de la penitenciaría de Owerland le había dado.

No deseaba dejarse ver, sobre todo en el estado calamitoso que ofrecía, con el rostro lleno de tumefacciones y el traje destrozado y sucio. Por eso, en uno de los barrios obreros de la ciudad, por el que penetró en ella, se introdujo, en cuanto pudo, en un bar donde no podía despertar sospecha alguna.

Desayunó abundantemente, sabiendo que no llevaba ni un solo centavo, ya que todo lo que poseía, documentación incluso, naturalmente falsa, había quedado en el despacho del superintendente.

Al terminar de almorzar, encendió un cigarrillo y se acercó al mostrador.

—¿Querría darme una moneda de veinte centavos, por favor?

El dueño del local le entregó lo que pedía y Law se encerró en la cabina telefónica y marcó un número de teléfono.

Una voz conocida sonó al otro lado del hilo.

—¿«Hello»?

—¿Es Fred?

—Sí. ¿Quién es, por favor?

Law sonrió.

—¿Recuerdas al padre Baxton?

—¡Naturalmente, señor; es decir, sí, padre! Es usted, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha vuelto a la ciudad?

—Sí. Tengo que pedirte un favor, Fred.

—Lo que usted mande.

—¿Podrías abandonar tu puesto, durante una media hora?

—Claro que sí. Le pediré a Richard que me sustituya.

—Perfectamente. Me encuentro en un apuro...

—Diga lo que sea, padre. Ya sabe que me tiene a su disposición.

—Gracias. Por eso te llamé. Coge un taxi... Estoy al final de Lexicon Avenue, cerca del río...

—Mal barrio, padre.

—Ya lo sé. Antes de llegar al río, a la derecha, hay un pequeño bar que se llama «La Estrella». Allí me encontrarás.

—Voy en seguida.

—O. K., muchacho.

Law colgó, volvió al local y tomó nuevamente asiento en la mesa donde todavía estaban los restos de su desayuno.

Encendió un nuevo cigarrillo.

Momentos después, un taxi se detenía ante la puerta del bar y Fred penetraba en el local, abriendo desmesuradamente los ojos al ver el aspecto que Duncan ofrecía.

—Pero...

—Siéntate, muchacho. Y pide algo.

Fred pidió un café y cuando el patrón se hubo alejado, después de servirle, preguntó:

—¿Le ha pasado algo grave, padre?

—No me llames así, Fred. Yo no soy sacerdote.

—¡Oh!

Y, entonces, por primera vez en Silver City, Law contó llanamente la verdad.

El rostro del joven recepcionista del hotel cambió de color muchas veces, en el transcurso del relato que le hizo Law; después, con los ojos brillantes de admiración, se ofreció:

—¡Cuente conmigo, señor Duncan!

—Bien. Por el momento, tenemos que pagar lo que hemos consumido aquí. ¿Has dejado el taxi fuera?

—Sí, pensé que podíamos necesitarlo.

—Has hecho bien. Paga todo esto; luego te abonaré lo que hayas gastado.

El joven enrojeció.

—¡No es necesario!

El taxi les llevó a la estación, donde en la consigna entregaron, con ciertas dificultades, la maleta a Duncan, que no sabía dónde había dejado la contraseña. Pero al decir que era sacerdote y que había sido atacado por unos borrachos y ver los empleados el traje que efectivamente había en la maleta, todo fueron excusas.

Law sacó el talonario de cheques, firmó varios y envió a Fred al Banco para percibir el dinero que necesitaba.

Había tenido la precaución de realizar una transferencia, nada más llegar a Silver City, de manera a no andar escaso de fondos. También tuvo una excelente idea al dejar el talonario en la maleta, ahorrándose así que la policía se quedase con él, como había hecho con todos los demás documentos.

Fred se portó maravillosamente bien con él, permaneciendo toda la mañana a su lado, después de telefonear al hotel para excusarse. Cuando, tras comprar ropa y todo lo que necesitaba Law, se dirigieron a la propia casa del muchacho, Duncan tuvo una prueba más de la lealtad del joven.

—Puede quedarse aquí todo el tiempo que necesite, señor Duncan. Ya ve que hay dos habitaciones.

—Muchas gracias. Ahora lo que necesito es una amplia información, que tú, desdichadamente, no puedes darme. ¿Sigues siendo amigo de la señorita Pearl Moore?

— ¡Claro!

—Bien. Tendrás la amabilidad de llamarla, o verla, diciéndole que me urge hablar con ella.

—Vendrá aquí.

—¿Crees que es correcto?

—¡Naturalmente! Usted no debe dejarse ver, señor Duncan. Cuando descubran los «fiambres» de esos dos granujas, va a armarse un buen jaleo. Diré a Pearl que venga aquí.

—Veo que tienes mucha confianza con ella.

—Es familia mía. Hija del hermano de mi padre.

—Comprendo. Le daremos, en el momento preciso, una información que hará que su periódico se venda como rosquillas.

—Se pondrá loca de contenta.

* * *

Cuando, una hora más tarde, Fred y la muchacha entraban en la casa, Law se sintió emocionado por la presencia de Pearl, que le pareció más bonita que nunca.

Ella le saludó amablemente.

—Ya me ha contado Fred, a grandes rasgos, la verdad de lo ocurrido. ¡Nunca lo hubiese imaginado!

—Así son las cosas en la vida, señorita Moore.

Ella sonrió.

—Va a ser el reportaje más importante de mi vida. Estoy, no hay que decirlo, a su entera disposición.

—La necesito de verdad.

Intervino Fred:

—Yo he de regresar al hotel. ¿Estará usted aquí cuando vuelva, señor Duncan?

—Sí. Tendré que salir por la noche, como los murciélagos.

—O. K.

El joven saludó a Pearl y salió de la casa.

Se sentaron en el diminuto «living».

—Usted dirá—empezó ella, después de que hubieron encendido sendos cigarrillos.

—Es sencillo, señorita Moore.

—¿Por qué no me llama Pearl a secas?

—Con la condición de que me llame Law.

—De acuerdo, Law.

—Bien, Pearl. Quiero que me haga un retrato de la ciudad, de lo que usted sabe de ella, de los «peces gordos» que mandan en Silver City y de lo que, aproximadamente, se traen entre manos.

—Allá va: Silver City es una ciudad podrida, como muchas, pero con el agravante de que aquí la podredumbre está perfectamente organizada, dentro de una completa legalidad. Tenemos, primero, a Lawrence A. Gatner.

—¿El dueño de la «Gedme»?

—El mismo. Es el director; pero, en realidad, es el amo. La concesión del reparto de uranio, que el Gobierno le dio no sé por qué motivo, siendo provechosa no es lo bastante para saciar su ansia de ganancias ilícitas. De ahí que sea el sospechoso número uno en la venta de uranio en el mercado negro.

—Comprendido.

—Pero él, persona «de buen parecer», no se mezcla en nada y ha echado mano de hombres que están dispuestos a lo que sea para ganar fácilmente el dinero que necesitan para sus caprichos y vicios.

—¿Quiénes son?

—A la cabeza de la lista está Alan Snure: un granuja, llegado a la ciudad hace años y huido, seguramente, de la policía de varios Estados.

—¿No es el dueño del local donde trabaja Miriam?

—Donde trabajaba. La señorita Lundy ha sido detenida esta mañana y llevada a la prisión de mujeres.

—¡Perros!

Hubo una corta pausa.

—Snure tiene una banda completa, pero los más importantes de los siniestros personajes que le rodean son dos: Joe Bell, el jefe de sus matones, un verdadero asesino, y Ray Sperry, un fugado del manicomio, un sádico torturador que hace temblar a todo el mundo.

—¡Hermosa colección!

—No es todo; es decir: ésa es la parte extraoficial del asunto. Porque, como usted sabe, Law, está la parte «oficial», mandada por toda la policía local, que está a las órdenes del superintendente Marsh que, a su vez, está a las de Gatner.

—¡Maravilloso! No puede decirse que lo hayan montado mal.

—Así sufre Silver City desde hace muchos años. Y es eso, precisamente, lo que su hermano no comprendió nunca. Olaf llegó a la ciudad con ganas de abrirse paso honradamente. Y, sin darse cuenta, entró a formar parte de una organización de granujas sin parangón en parte alguna.

—¿No sospechó nunca la verdad?

—Parece mentira que usted diga eso, Law. Es como si no conociese a su propio hermano.

—Hacía muchos años que no lo veía.

—Pues así fue: Olaf se creyó en la gloria, rodeado de hombres buenos.

Hasta que tuvo la fatalidad de asistir al robo del uranio. Conociéndole como le conocía, Lawrence no podía dudar, ni un solo instante, en eliminarlo de una manera definitiva. Si Olaf hubiese sido otra clase de hombre, no hubiera pasado nada, ya que Lawrence hubiese sabido comprar su silencio.

—Comprendo.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué piensa usted hacer, Law?

—Lanzarme. Ya no hay otro remedio. Quiero las confesiones de todos esos granujas... aunque no sé por dónde empezar.

Ella no dijo nada, frunciendo el entrecejo, sin atreverse a mirar al joven.

Estaba realmente impresionada por el valor y el coraje de Law; pero, al mismo tiempo, también estaba casi segura de que no saldría vivo de Silver City.

—Creo que adivino lo que necesita, Law.

El la miró con una sincera simpatía en la expresión.

—¿Sí?

—Sí. Usted no podrá «lanzarse», como dice, contra todos ellos juntos. Tendrá, naturalmente, que atacarlos uno por uno, ya que será la única manera de tener unas posibilidades de salir con vida del infierno en el que quiere penetrar.

—¡Tiene usted una maravillosa imaginación de periodista!

Ella sonrió.

—Esta noche, si usted quiere, puedo ayudarle... Hay un festival en el local de Snure y no me sería difícil, durante la fiesta, atraer a Alan a un rincón, como si desease hacerle una entrevista... ¿qué le parece?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no deseo que se exponga por mi culpa.

—¡Bah! No crea que es la primera vez que hago de cebo... Mi profesión es así.

—No me emociona mucho su plan.

—A mí sí.

Discutieron, terminando por ponerse de acuerdo, ya que en realidad Law tenía que aceptar el plan de la muchacha, que le permitiría iniciar su ataque.

* * *

Cuando salieron, juntos, al caer la noche, los periódicos llevaban la noticia del «doble asesinato de dos honrados policías», advirtiendo a la población que el criminal—copia exacta de Olaf Duncan —debía de estar en la ciudad y prometiendo una sabrosa recompensa al que informase a la policía de algo que sirviese para detenerlo.

Law se había puesto una gabardina, un sombrero de la misma clase y llevaba una bufanda que le cubría la mitad inferior del rostro.

Por fortuna, Pearl había dejado su coche no lejos de la casa de Fred y el letrero de «Prensa», pegado al parabrisas servía para evitar las curiosidades reiteradas de los coches policiales que patrullaban por las calles.

—Todos le están buscando, Law —musitó ella, con un tono nervioso en la voz.

—Ya lo sé.

—Tendremos que buscar otro sitio. Precisamente tengo un pabellón en los alrededores de la ciudad, donde podría esconderse mientras pasa la tormenta.

—¿Un pabellón? ¿Lejos?

—A una docena de millas.

—¡Estupendo! Estaba pensando, exactamente en este momento, en la necesidad de tener un sitio para...

No dijo más y ella, sorprendida de que hubiese cortado la frase, le miró de soslayo, mordiéndose los labios.

La expresión del rostro del hombre, de lo que podía verse sobre la bufanda y bajo las alas del sombrero, era sombría. Y el brillo de los ojos de él hizo que la muchacha, sin poderlo evitar, sintiese que un estremecimiento le recorría la espalda.

Antes de llegar al lugar donde Snure celebraba su fiesta, ella torció hacia la derecha, aparcando el vehículo junto a una zona de árboles que constituía el fondo del jardín inmenso de la finca.

—¿Pertenece a Snure? —inquirió él.

—No, es una de las propiedades de Gatner.

—¡Ah!

—Voy a conducirle, entre los árboles, hasta cerca de una plazoleta hacia la que intentaré llevar a Alan. Procure moverse lo menos posible. Hasta creo —añadió sonriendo—que no podrá fumar.

—No importa.

El lugar elegido por la muchacha era bueno y Law pudo esconderse entre unos macizos, perfectamente oculto a la vista de las personas que se moviesen por los paseos y hasta inclusive de las que se acercasen a la plazoleta, en cuyo centro había una fuente votiva que representaba un amorcillo de cuya boca brotaba el agua que caía en el minúsculo estanque que tenía debajo.

—No sé el tiempo que tardaré en traer a Snure por aquí. Sea prudente, Alan.

Estaban juntos y él, sin poder hacer nada para evitarlo, posó sus labios en un rápido beso sobre la boca de ella que, después de unos instantes de inmovilidad completa, huyó corriendo hacia la salida posterior del parque.

No había pensado, ésa era la verdad, en que una complicación de tipo sentimental se metiese de por medio en aquel asunto; pero, en el fondo, sin hipocresía, no estaba descontento de haberse ganado el aprecio de una muchacha como Pearl.

«Sería una compañera estupenda», se dijo.

Tuvo que esperar más de una hora antes de oír, después del rumor lejano de la orquesta, que lo dominaba todo, unos pasos que se acercaban a la glorieta.

Asomándose ligeramente, vio que se trataba de la muchacha, acompañada por un individuo, vestido con frac y que llegaba cogido a la cintura de la joven.

Se mordió los labios, hasta hacerse sangre en ellos.

—Has elegido un lugar encantador para una entrevista, preciosa...

—¿Usted cree?

—Sí. Porque esta entrevista va a ser la más curiosa del mundo... Quiero que me pagues, por adelantado, el precio de cada pregunta.

—No le entiendo, señor Snure.

—En seguida lo comprenderás, encanto... ¿Sabes que eres diabólicamente bonita, muchacha?

Ella sonrió, lanzando una rápida mirada hacia el muro de verdura tras el que se escondía Law.

—No me ha hablado del precio —dijo con una sonrisa.

—Un beso por cada pregunta. Puedes empezar cuando quieras, cariño... ¡Y procura ser lo más curiosa posible!

Fue en aquel momento cuando Law, que había salido silenciosamente de

su escondrijo, se dispuso a actuar.

El contacto con el frío cañón de la pistola, que se posó por encima de su almidonado cuello —exactamente en la nuca—, hizo que Alan diese un salto.

—¿Eh?

—¡Quieto, pajarraco... o te dejo seco aquí mismo!

La mano izquierda de Duncan se apropió velozmente del arma de Snure: un 32 disimulado en el bolsillo del pecho del frac.

Alan se volvió, mirando con terror al joven.

—¡Tú otra vez!

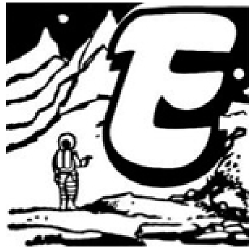
—El mismo, ¿Dónde ha dejado el coche, Pearl?

—Ahí al lado.

—Bien. Vamos, Snure... A menos que prefieras que te dé un golpe en la nuca y te lleve amorosamente en brazos.

Snure no dijo nada y echó a andar, seguido de Law y la muchacha.

CAPÍTULO VIII



L pabellón de Moore era una linda casita de un solo piso, situado no lejos del río y entre una zona de bosque, en medio de un paisaje agradable y sereno.

Había otras casas similares y Law preguntó a la muchacha si estaban habitadas.

—No—repuso ella—. Todo esto se ha hecho para los veranos. Ahora no hay nadie.

Law asintió.

—Mejor.

La casa constaba de tres habitaciones y un sótano no muy grande donde se solía, seguramente, poner la leña y la bodega, pero que Moore tenía completamente vacío.

Allí hicieron entrar a Snure.

—¿No podrías prepararnos un poco de café, Pearl?

Ella notó que él la tuteaba y se sintió inmensamente feliz de ello.

—Voy en seguida.

Cuando se quedaron solos, Duncan miró a su enemigo.

—Creo que ahora puedo presentarme, Snure: soy el hermano de Olaf Duncan, el «cabeza de turco» que os buscasteis.

—¡Eso es mentira!

—Como quieras. No creas que tengo mucho tiempo que perder contigo, granuja; pero el poco que tengo hemos de aprovecharlo bien.

—No lograrás nada.

—Eso lo veremos. Quiero, antes de nada, que me expliques un poco lo que pasa con el uranio en Silver City; después pasaremos a otro asunto.

Alan no despegó los labios; es decir, los despegó violentamente, cuando el puño de Duncan los abrió, haciendo que la sangre manase abundantemente de ellos.

—¿Qué pasa con el uranio, Snure?

—Nada.

Esta vez. Duncan golpeó ron el cañón de la pistola, haciendo que el punto de mira abriese un largo corte que iba desde la comisura derecha del labio hasta la ceja.

El otro aulló de dolor.

—Esto no es más que el principio, canalla...

Después empezaré por vaciarte un ojo. No creas que es una cosa difícil...

Lanzó su pie, golpeando de plano el estómago de Alan, que se dobló en dos, justo para recibir un puntapié directo a la boca.

Cayó de rodillas, escupiendo algunos dientes mezclados con sangre.

—¿Hablas?

Por primera vez, desde que estaba allí, Alan miró a su enemigo con miedo, superando el brillo de odio que, hasta entonces, había medrado en sus ojos.

—¿Qué quieres saber?

—Lo del uranio.

Hubo un corto silencio.

—¿No tienes un cigarrillo?

Law le lanzó el paquete y las cerillas.

Trabajosamente, con un temblor intenso en las manos, Snure logró encender un cigarrillo, llevándoselo ansiosamente a los labios.

—Cuando recibimos la asignación gubernamental de uranio —dijo, como si hablase consigo mismo—, partimos un trozo de cada «pastilla» reuniendo así una cierta cantidad, que se almacena y se esconde en un viejo garaje, en el interior de las baterías vacías, cuya cubierta de plomo impide que sean detectadas por contadores Geiger.

—¡Muy ingenioso!

—Ese uranio es vendido, a un precio superior, es claro, cuando las industrias lo necesitan para aumentar su producción.

—¿Y no notan que se lo dais de menos?

—Nadie protesta, ya que Gatner es el amo y podría disminuirles la entrega legalmente, de mil maneras distintas. Además, como ellos tienen más pilas atómicas que las declaradas al Gobierno, caerían fácilmente en sus propias redes.

—¿Desde cuándo tenéis montado ese... negocio?

—Desde que Gatner se hizo cargo de la «Gedme».

Hubo un corto silencio.

—¿Quién mató al sereno?

—Joe.

—¿Tu... ayudante?

—Sí.

—¿Y lo de la pistola?

—De eso no sé nada. Gatner fue el que organizó lo de la pistola y lo de las huellas de Olaf.

—¿Pero no dices que Joe lo mató?

—Sí. Lo hizo con guantes, para no borrar las huellas de Duncan; pero no sé más de la pistola.

—Bien... Ya veremos cada asunto a su hora... ¿Sabes que necesito una declaración firmada de todo lo que me has contado?

—¡No firmaré nada!

Law sonrió.

Le bastaron unos cuantos golpes para que el otro accediese a lo que le pedía. Pearl copió el texto de la declaración y firmó como testigo.

—Yo he de irme —dijo la muchacha—. Volveré con provisiones, dentro de un rato.

—Bien. Te esperaré... Yo no puedo salir, en busca de otro de estos canallas, hasta que tenga la ocasión de cogerlos por separado. Infórmate de lo que pasa cuando noten la desaparición de Snure.

Una vez solo, ató sólidamente al bandido y subió al «living» donde bebió un par de tazas del delicioso café que Pearl le había hecho. No pudo por menos de sonreír al pensar que su hermano, en circunstancias muy parecidas, perdió todo cuanto tenía, incluso su personalidad de ciudadano honrado, con un par de tazas de café, tan deliciosamente humeantes como las que ahora tenía encima de la mesa.

Estaba amaneciendo y pensó en la valerosa muchacha que, sin dormir un solo momento, iba a pasar, casi con toda seguridad, una jornada de trabajo y movimiento.

Después de encender un cigarrillo, leyó nuevamente la declaración de Snure, repasando cuidadosamente su contenido. Con aquel documento tenía bastante para detener el paso de la ley hacia Olaf; pero no era bastante para

acabar con aquel dominio de maldad que había caído sobre Silver City.

El tiempo le pareció eterno hasta mediodía, extrañándose de que la muchacha —que había prometido regresar en seguida, después de cargarse de paquetes de provisiones—no hubiese vuelto aún.

Poco a poco, de una manera ladina, la idea de que podía haber ocurrido algo a Pearl fue incrustándose en su mente. La desechó mil veces, pero vanamente, ya que no era nada extraño que alguien la hubiese visto alejarse de la fiesta con Alan, asociando la desaparición del gángster con la de la muchacha.

Incapaz de esperar más, pero seguro de que cometería una grave tontería abandonando al prisionero, telefoneó a Fred. Tuvo la suerte de encontrarlo en el hotel.

—Voy en seguida, señor—aseguró el muchacho.

Así fue y quince minutos más tarde, Fred despedía el taxi que le había llevado hasta la casita de su prima.

Law le explicó lo ocurrido, haciéndole partícipe de su extrañeza por la tardanza de la muchacha. Estaban en el «living», mirando a través del amplio ventanal el camino que conducía a la casa, cuando los dos al mismo tiempo vieron los tres coches que, silenciosamente, entraban en el camino.

El de delante era el de Pearl y los otros dos, mucho más lujosos y potentes, le seguían de cerca.

—¡Es un hombre quien conduce el coche de Pearl! —exclamó Fred.

—Ya lo he visto —repuso Duncan—. Escucha, vas a llevarte esta declaración y una nota que voy a darte. Quiero que envíes un telegrama a esta dirección. Sal por la puerta de la cocina y aléjate antes de que éstos lleguen.

Escribió unas palabras, dio al muchacho un par de billetes de cien dólares y la declaración que había firmado Snure, acompañándolo hasta la puerta trasera, por la que el muchacho salió. Desapareció entre los hoteles vecinos.

Law volvió al «living».

¡Ya era hora!

Los tres coches se habían detenido y el joven vio a la muchacha que salía del suyo, fuertemente cogida por el brazo de un individuo de aspecto patibulario.

Otro de la misma catadura descendió del segundo coche y un hombre grueso y magníficamente vestido, del tercero. No hizo falta que le presentaran a este último, ya que Law había visto en los periódicos bastantes fotos de Lawrence A. Gatner para no conocerle al primer golpe de vista.

—¡Plasta el «mandamás» acude! —se dijo en voz alta—, ¡Todos! Porque están seguros de terminar conmigo...

Vio, antes de tomar una determinación y cuando la muchacha avanzaba por el jardín delante de los otros, que la tomaban como escudo, que el rostro de Pearl llevaba marcas de los golpes que debieron de darle para obtener de ella las informaciones que deseaban.

Cerró los puños.

Retrocediendo, buscó un sitio donde ocultarse. Encontró finalmente la amplia alacena de la cocina, en la que se introdujo sin ruido.

* * *

—¡Llámale!

Pearl sentía la desagradable sensación del cuchillo de Joe apoyado entre sus omoplatos.

—¡Te he dicho que le llames!

Ella dudó, antes de hacerlo, ya que tampoco había descubierto la personalidad de Law; por eso, sin poder evitar un asomo de sonrisa, a pesar de que no tenía muchísimas ganas de hacerlo, gritó:

—¡John! ¡Soy yo, Pearl!

Nadie contestó.

—Ya les he dicho que ha debido de irse.

—¿Y Alan?

—Debe de seguir en el sótano.

Los tres hombres iban armados y avanzaron, siempre detrás de la muchacha, obligando a ésta a que abriese la puerta y les precediese en el interior de la casa, que recorrieron de aquella misma manera, hasta que se convencieron de que no había aparentemente nadie en la parte alta.

—Vamos al sótano.

Pearl les precedió, descendiendo por la escalerilla.

Una vez allí, vieron, efectivamente, a Snure, fuertemente atado y tendido en el suelo. Joe se apresuró a desatar a su jefe.

—Ya era hora de que llegaseis—rezongó éste.

Pero palideció al darse cuenta de que Lawrence estaba allí.

El hombre le miraba con ojos porcinos, inyectados en sangre.

Hubo un corto silencio.

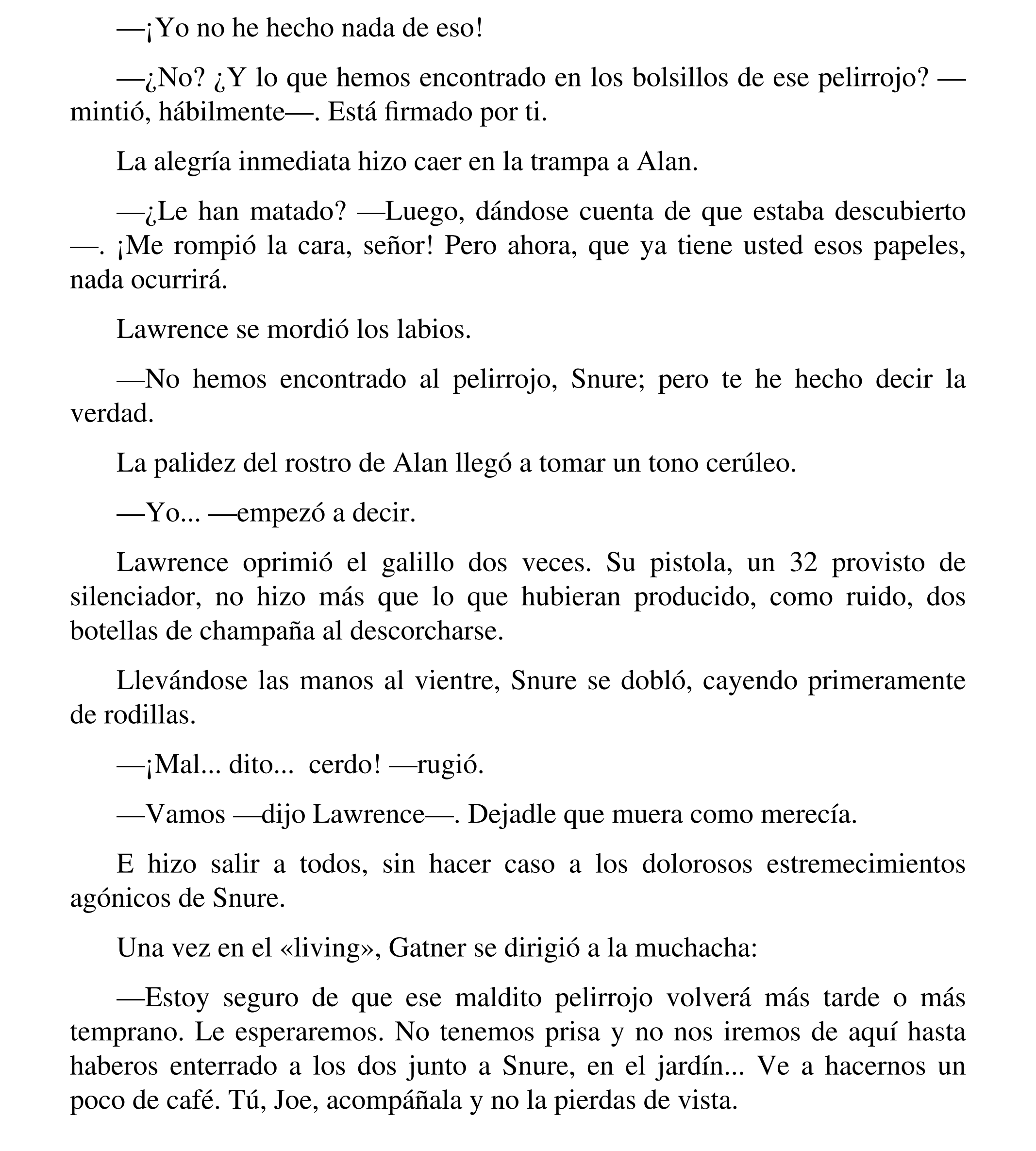
—¡Hola, señor Gatner! —saludó Alan, con un hilo de voz.

—La chica — amenazó Lawrence—ha dicho que firmaste una declaración. ¿Es verdad?

—¡Esta perra miente! —rugió Snure, intentando lanzarse sobre la muchacha.

Pero la pistola de Gatner se lo impidió.

—Quiero saber la verdad, Snure. Si no has tenido el valor de cerrar la boca, vas a pasarlo mal; te lo aseguro.



—¡Yo no he hecho nada de eso!

—¿No? ¿Y lo que hemos encontrado en los bolsillos de ese pelirrojo? —mintió, hábilmente—. Está firmado por ti.

La alegría inmediata hizo caer en la trampa a Alan.

—¿Le han matado? —Luego, dándose cuenta de que estaba descubierto —. ¡Me rompió la cara, señor! Pero ahora, que ya tiene usted esos papeles, nada ocurrirá.

Lawrence se mordió los labios.

—No hemos encontrado al pelirrojo, Snure; pero te he hecho decir la verdad.

La palidez del rostro de Alan llegó a tomar un tono cerúleo.

—Yo... —empezó a decir.

Lawrence oprimió el galillo dos veces. Su pistola, un 32 provisto de silenciador, no hizo más que lo que hubieran producido, como ruido, dos botellas de champaña al descorcharse.

Llevándose las manos al vientre, Snure se dobló, cayendo primeramente de rodillas.

—¡Mal... dito... cerdo! —rugió.

—Vamos —dijo Lawrence—. Dejadle que muera como merecía.

E hizo salir a todos, sin hacer caso a los dolorosos estremecimientos agónicos de Snure.

Una vez en el «living», Gatner se dirigió a la muchacha:

—Estoy seguro de que ese maldito pelirrojo volverá más tarde o más temprano. Le esperaremos. No tenemos prisa y no nos iremos de aquí hasta haberos enterrado a los dos junto a Snure, en el jardín... Ve a hacernos un poco de café. Tú, Joe, acompáñala y no la pierdas de vista.

Bell siguió a la muchacha hasta la cocina, donde ella empezó a preparar las cosas.

—Es una lástima —dijo el granuja —que una chica como tú tenga que terminar enterrada en el jardín... ¡Si te hubiese conocido antes, preciosa! Aunque, después de todo, todavía hay tiempo de galantear un poco contigo. ¿Verdad que me darás un beso?

Ella retrocedió.

—¡Déjeme tranquilo, sinvergüenza!

—No te pongas así, palomita...

—O me deja o llamo a los otros... ¿Quiere que le diga a Gatner que me estaba proponiendo huir conmigo?

—¿Eh?

Y después de un silencio.

—Está bien. Tú lo has querido; pero ya verás como obtendré del señor Gatner que me deje clavarte mi cuchillo antes de pegarte el tiro de gracia... ¡Me pagarás esto, víbora!

Ella no dijo nada.

Había puesto a hervir el agua y fue hacia la alacena para coger el café y el azúcar.

Law, que esperaba aquello, se había aplastado contra el fondo del armario, temeroso de que el bandido siguiese allí a la muchacha. Había oído los propósitos de Joe y estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. Pero la prudencia podía hacer que lograse manejar las mejores cartas.

Ella le vio, nada más abrir.

Con el índice en los labios, rogando silencio, Law miró a aquella valiente mujer de la que se había enamorado mucho más profundamente de lo que él mismo había imaginado.

Pearl tuvo que reprimir la sorpresa que experimentó al verlo, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre en ellos. Aquélla fue la única manera de reprimir el grito de alegría que pugnaba locamente por salir de su garganta.

Cogió los botes de plástico, con dedos temblorosos y cerró nuevamente el armario.

Un agradable olor a café recién hecho llegó hasta Duncan. Joe debía permanecer en silencio, fumando, porque el aroma del cigarrillo llegaba también al joven.

Preguntó:

—¿Te ayudo, encanto?

—Como quiera. Puede llevar esta bandeja...

—¿Y tú?

—Llevaré el servicio; luego volveré a por el resto.

—Y yo contigo, preciosa.

Salieron y Law surgió de su escondrijo, colocándose detrás de la puerta. Tenía la pistola entre los dedos y estaba dispuesto a iniciar su intervención.

Momentos más tarde, Pearl, seguida por el otro, entraba nuevamente en la cocina.

—Ya has oído, preciosa. El jefe quiere «whisky».

—No sé si me queda —repuso ella, mirando medrosamente a la alacena.

—Yo mismo lo buscaré. Tengo un olfato especial para los licores.

Y avanzó hacia el armario de puertas blancas.

Ella gritó:

—¡No!

Él se volvió, extrañado.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué hay ahí dentro?

Había sacado su pistola, sonriendo al percatarse de la extraña palidez que cubría el rostro de la muchacha.

Murmuró:

—Voy a ver, pero pasa tú delante.

La cogió por el brazo, empujándola hacia el armario.

Ella, temblando, cerró los ojos.

El pistolero ordenó:

—¡Abre!

Extendió la mano.

Fue en aquel momento cuando Law surgió, a espaldas del bandido, detrás de la puerta de la habitación. Un golpe fulminante en la cabeza le bastó para dormir a su adversario, al que recogió en sus brazos antes de que se desplomase completamente.

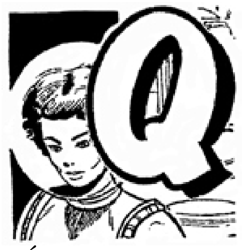
Pearl le miraba, con los ojos abiertos como platos.

—Pero...

—Calla, querida. Ayúdame a atar y a amordazar a éste.

Minutos más tarde, Joe estaba en el interior de la alacena, todavía sin conocimiento, pero fuertemente atado y amordazado.

CAPÍTULO IX


UÉ vas a hacer ahora?

—Tú quédate aquí... Te voy a...

La voz de Sperry llegó hasta ellos:

—¡A ver ese «whisky», Joe!

—Toma la pistola de Joe —dijo Law—. Yo voy a visitar a esos señores.

—¡Ve con cuidado!

Salió, por el pasillo, cuidadosamente, empuñando la pistola; pero, desgraciadamente, no se percató de que la luz del ventanal del pasillo proyectaba su silueta en el «living». Así, cuando llevaba recorrido la mitad, aproximadamente, del pasillo, la bala se clavó a pocos centímetros de su cabeza, en la pared.

Se tiró al suelo.

Sus enemigos llevaban silenciadores en las pistolas y él había acoplado a la suya el que cogió, momentos antes, de la de Joe.

Pearl preguntó, angustiada:

—¿Te ha pasado algo, Law?

Se volvió, casi rabiosamente, hacia la muchacha.

Otro disparo hizo que el proyectil maullara alrededor de Duncan.

Law apretó el gatillo, apuntando a una sombra que entrevió, un corto instante, junto al aparato de televisión, Debió de apuntar mal, porque la bala hizo estallar la pantalla.

Sperry lanzó un juramento.

—¡Casi me da ese perro!

Duncan iba avanzando, lentamente, arrastrándose y pegado a la pared del pasillo. Progresaba milímetro a milímetro, pendiente del fondo en el que no se veía, más que parcialmente, un pequeño trozo de «living».

Un nuevo disparo le hizo detenerse.

Incapaz de resistir más y sabiendo que, si prolongaba aquella lenta progresión, tenía todas las de perder, se levantó, súbitamente, al tiempo que disparaba dos veces seguidas, precipitándose en el «living».

La escena fue rápida.

Un disparo directo, entre las cejas, puso a Sperry fuera de combate. Al mismo tiempo, Law no pudo evitar que una bala de Lawrence le diese en la mano izquierda, arrancándole de cuajo uno de los dedos.

Pero no contestó a la agresión de Gatner.

Venciendo el dolor de la mano, se lanzó contra el obeso personaje, cayendo ambos al suelo, íntimamente mezclados, golpeándose furiosamente.

Law se percató muy pronto de que la obesidad de Gatner era engañosa y que debajo de aquella gruesa capa de grasa, Lawrence ocultaba músculos potentes. Por otro lado, la mano izquierda le había quedado completamente inútil.

Gatner consiguió colocarse encima.

Sus manos, momentáneamente libres, se cerraron, con toda su fuerza, alrededor del cuello del joven, que se percató de que estaba a punto de perder la partida.

Pero ruando su vista empezaba a nublarse y el aire contenido en sus pulmones parecía que iba a hacerlos estallar, las manos de Gatner se aflojaron y el hombre cavó de espaldas, sin sentido, a consecuencia del golpe que Pearl le había propinado con la culata del revólver que Law le había dado.

La joven ayudó a Law a incorporarse.

—¡Uf! —exclamó él—. ¡Justa intervención, querida!

Pero ella no separaba sus ojos de la mano izquierda de él.

—¡Pierdes mucha sangre!

—Ya lo sé.

Pearl corrió en busca de vendas, ocupándose inmediatamente de la mano de su Law. La vista del dedo cercenado le produjo una dolorosa impresión; pero Law, cuya frente estaba empapada en sudor, consiguió sonreír.

—Es el meñique, Pearl... Nunca, que yo sepa, se han llevado ahí los anillos de matrimonio.

Ella sonrió también.

—Ya hemos acabado el asunto, querida... ¡Creí que jamás iba a conseguirlo!

Y echando una mirada a Lawrence, dijo:

—Temía que este granuja muriese, ya que es el mayor responsable y el jurado estará verdaderamente encantado de oír sus interesantes declaraciones.

—¡Olaf se volverá loco de contento!

—Tenemos que preocuparnos, en cuanto podamos, de liberar a Miriam. Pero eso será sencillo.

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Cómo te cazaron, cariño?

Ella sonrió, tristemente.

—Joe me vio alejarme con Alan... Después nos buscó inútilmente, dándose cuenta de que algo había ocurrido. Se lo comunicó a Gatner, que dio orden de que se me buscase por todas partes. Así, cuando, después de comprar las provisiones para ti cometí el error de acercarme a la finca de Gatner para enterarme del efecto que había producido la desaparición de Snure, caí en la trampa...

—¿Te... pegaron?

Ella volvió a sonreír.

—Un poco. No tuve más remedio que decir la verdad... Me hubiese muerto de rabia, pero quiero decirte que tenía confianza en ti y que estaba casi completamente segura de que no te cogerían como ellos pensaban lograrlo.

—No te preocupes más, Pearl.

Hubo un silencio.

—¿Qué haremos ahora, Law?

—Esperaré a que Fred me telefonee. Le he dado ciertas instrucciones y no creo que tarde en llamarme.

—¡Pobre Fred!

—¿Por qué?

—Está tan entusiasmado contigo, que quiere dejar su oficio y seguirte.

—Ya veremos.

Un ruido insólito, de varios vehículos, que frenaban ante la puerta, les llamó la atención.

Law se precipitó a la ventana.

—¡La policía!

Durante unos segundos, no supo qué hacer.

—¡Huyamos por la puerta trasera!

Acababa de ver al superintendente Marsh y sabía lo que le esperaba si el repugnante personaje le ponía las manos encima.

Corrieron hacia la cocina, justo en el momento en que un grupo de agentes uniformados penetraba por allí.

—¡Arriba las manos!

Habían dejado las armas en el «living» y no tuvieron más remedio que obedecer, mansamente.

Les hicieron retroceder hasta el salón.

Allá, tronando en medio de sus agentes, Carl Marsh sonreía, triunfador. Dos policías estaban tratando de reanimar a Gatner.

La mirada del superintendente cayó sobre Law.

—¡Ya te tenemos, amigo! Y esta vez no te escaparás... Creo que cometí un error terrible al dejarte ir hace unos días...

Gatner estaba ya bien y bebió el vaso de «whisky» que uno de los agentes, que había ido a la cocina a por la botella, le servía solícitamente.

—¡Creí que no iba a llegar nunca, Marsh!

—Ya estamos aquí, señor Gatner. Y no tiene que preocuparse de nada.

—¡Ese hombre es un peligroso asesino!

Y señaló a Law.

—Ya lo sé; pero nadie podría salvarle ahora... Mató a dos policías en servicio, uno de ellos inspector y ningún fiscal del mundo dudaría en la pena que ha de aplicarle.

Uno de los agentes, a un signo de su jefe, se acercó y puso las esposas a los dos jóvenes.

—Ella es su cómplice —dijo Gatner —y quiero que reciba igualmente su justo castigo.

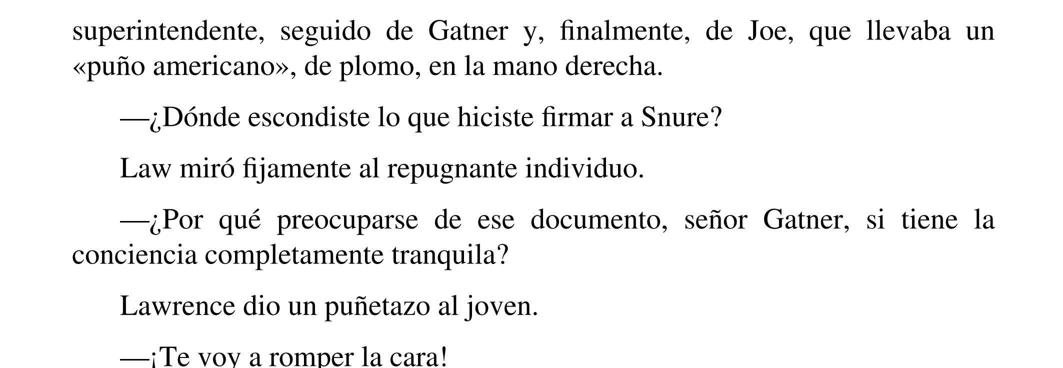
Joe, a quien había liberado la policía, entró con los ojos inyectados en sangre. Y, antes de que nadie pudiese evitarlo, asestó un formidable puñetazo en el rostro de Law, haciéndole caer de espaldas.

Gritó:

—¡Ya te enseñaré a atacar por la espalda, cobarde!

Momentos después, tras realizar un registro en la casa y en los bolsillos de Law, los detenidos fueron llevados a los coches policiales y conducidos a la comisaría, yendo Law directamente a los sótanos, que ya conocía.

Estuvo solo una media hora, hasta que la puerta se abrió, dando paso al



superintendente, seguido de Gatner y, finalmente, de Joe, que llevaba un «puño americano», de plomo, en la mano derecha.

—¿Dónde escondiste lo que hiciste firmar a Snure?

Law miró fijamente al repugnante individuo.

—¿Por qué preocuparse de ese documento, señor Gatner, si tiene la conciencia completamente tranquila?

Lawrence dio un puñetazo al joven.

—¡Te voy a romper la cara!

—¿Más de lo que me la han roto? Podéis matarme, pero ese documento está en camino de quien ha de leerlo con mucha atención y no poca sorpresa.

Marsh se acercó a él.

—¿Quién eres, en realidad? ¡Habla!

—¿Que quién soy? Un pobre tipo que intenta demostrar la inocencia de Olaf Duncan.

—¿Y qué te importa a ti todo eso? ¿Por qué diablos te has metido en este asunto?

—Pura curiosidad.

Marsh sonrió, mirando significativamente a Gatner.

—Es posible —dijo— que este muchacho tenga razón... y que esté buscando un premio que, después de todo, creo que merece...

—¡Una bala entre las cejas! —rugió Joe.

—¡Calla, estúpido!

Y volviéndose a Law, dijo:

—Te comprendo, muchacho... y todo puede arreglarse; créeme... Veamos... ¿cuánto quieres por esos papeles de Snure? Estamos dispuestos a pagarte bien y a olvidar todo lo que has hecho. Te dejaremos salir de la ciudad, si nos prometes que nunca volverás a poner los pies en ella.

Duncan sonrió.

—¿Os gustaría estar tranquilos, eh?

—¡Naturalmente!

—Os gustaría seguir con el negocio del uranio, estafando a los que os compran pastillas que habéis mermado previamente... y cuyo resto han de comprar a precios abusivos...

—Eso no importa.

—Sí, importa mucho. He venido a limpiar esta ciudad y es posible que lo logre, aunque tenga que morir antes.

—¡Sacúdele, Joe!

Los ojillos del asesino brillaban como ascuas.

—¡Así se habla, señor Marsh!

El primer golpe partió una ceja a Law, cuyo rostro se cubrió de sangre.

Marsh hizo un gesto a Joe y éste se detuvo.

—Escucha, muchacho. No conseguirás nada haciendo el testarudo. Te romperemos todos los huesos de la cara, uno a uno. Luego te arrancaremos las uñas y después te limpiaremos las heridas con agua salada... ¿Qué vas a conseguir?

Hubo un corto silencio.

—Bien —dijo Law—. Les daré el documento, pero han de garantizarme que me dejarán ir.

—Lo haremos. ¿Dónde están los papeles?

—Quiero ir yo a por ellos.

—Como quieras. Joe...

—¿Diga?

—Sube y di que baje el practicante... Este muchacho no puede salir con la cara así.

Momentos más tarde, un hombre limpiaba el rostro de Duncan, poniendo un esparadrapo sobre la amplia herida que Joe había hecho en la ceja. Le lavó la cara y le dejó como nuevo.

—¿Vamos?

Law se levantó.

—¿Es necesario que lleve las esposas?

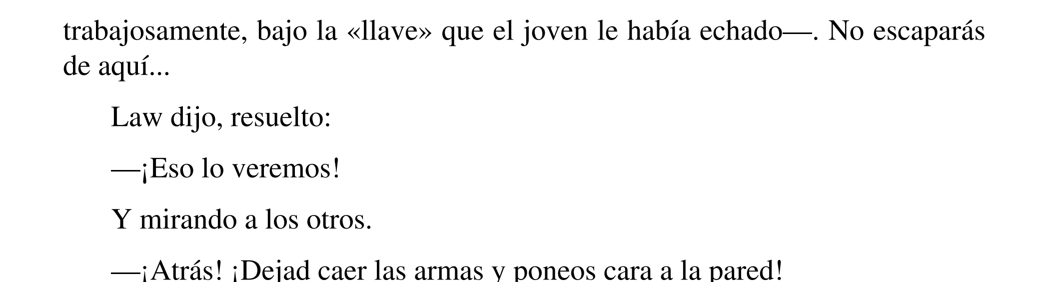
Marsh se adelantó y se las quitó.

En aquel momento, el superintendente se vio cogido por dos manos de acero y desarmado antes de que pudiese hacer nada por evitarlo. Sirviéndose de escudo con Marsh, Law retrocedió, hasta protegerse la espalda apoyándola en la pared.

—¡Si alguno de vosotros se mueve, lo coso a tiros!

Los otros se habían quedado boquiabiertos.

—Estás completamente loco, muchacho—dijo Marsh, respirando



trabajosamente, bajo la «llave» que el joven le había echado—. No escaparás de aquí...

Law dijo, resuelto:

—¡Eso lo veremos!

Y mirando a los otros.

—¡Atrás! ¡Dejad caer las armas y poneos cara a la pared!

Obedecieron.

Sólo Joe, con una sonrisa que el joven no vio, conservó su «puño» fuertemente apretado en los dedos.

Empujando al superintendente, Law fue acercándose a la salida, lentamente, sin dejar de mirar a los otros.

Pero cometió un error.

Al pasar junto a Joe, olvidó lo del «puño», dándose cuenta demasiado tarde, cuando el golpe le rodeaba de unas densas tinieblas y parecía hundirse en un pozo sin fondo.

—¡Bien, Joe!

Éste se lió a dar patadas al cuerpo exánime del joven.

—¡Me lo tienes que dejar a mí, superintendente! ¡Quiero encargarme de él! ¡El muy hijo de perra!

—Es duro como el hierro.

—¡Yo lo ablandaré!

—Te lo vamos a dejar; pero no lo mates... en seguida. Haz que diga dónde ha guardado los papeles que firmó Snure.

—¡Lo dirá!

Y fue aquel momento, cuando iban a abandonar los sótanos, un grupo de hombres armados penetró allí.

—¡Arriba las manos!

—¿Qué es esto? —aulló Marsh—. ¡Soy el superintendente de la policía de Silver City!

—Y yo —dijo uno de los hombres —soy el director de policía, de la Sección Central de Washington.

EPÍLOGO

El coche policial se detuvo ante la Comisaría Central de Silver City. Y un hombre de cabellos rojos, encuadrado por dos agentes, que lo llevaban esposado, penetraron en el edificio.

El agente de guardia en el hall se dirigió a ellos.

—¿Qué desean?

—Somos de la policía de Owerland. Traemos a este detenido.

—Hagan el favor de pasar.

Los condujeron hasta un despacho, sobre cuya puerta había escrito: «Superintendente.»

Entraron.

Y se quedaron con la boca abierta al ver que, detrás del despacho, estaba la copia exacta del hombre que llevaban esposado.

—Hagan el favor de quitar las esposas a ese hombre.

Obedecieron; pero uno de ellos quiso saber:

—¿Quién es usted?

El pelirrojo del despacho lanzó una carta de plástico sobre la mesa.

El hombre, cogiéndola, la leyó:

LAW DUNCAN

Inspector de Policía. Sección A. — Washington.

Distrito Federal.

—Perdone, señor.

Law sonrió.

—Cumple usted su deber. Pueden ir a la cantina para que les den lo que necesiten.

—Gracias. ¿Qué hacemos con el detenido?

—Déjenle aquí: está libre y, además, es mi hermano.

Los otros dos sonrieron y salieron del despacho.

—Siéntate, Olaf.

El otro obedeció.

—Me has hecho trabajar mucho, muchacho...

Olaf bajó la cabeza.

—No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho. ¿Por qué no me dijiste que eras policía cuando viniste a verme?

—Porque no tenía importancia y, además, no deseaba que nadie lo supiese, excepto el gobernador de la prisión donde estabas, que recibió un telefonazo para que me dejase actuar sin entregarte a los esbirros de Silver City.

—¿Estoy libre entonces?

—Sí. Y no creas que te lo debes a ti... Yo pensaba dejarte un par de años entre rejas, para que reflexionases... ¿Por qué no me dijiste lo de la pistola?

Olaf enrojeció.

—Yo... — empezó a decir.

—Tú eres un inocente, en el más amplio sentido de la palabra, hermano mío. Pero tu inocencia estuvo a punto de hacer que yo abandonase este asunto, ya que empezaba a creerte culpable.

»Cuando el armero me dijo y demostró que habías comprado una pistola, justamente con la que se había cometido el crimen, empecé a sospechar de ti, preguntándome si no me había equivocado contigo.

»Luego, todo se ha aclarado...

—¿Lo sabes ya?

—¡Naturalmente! Tú compraste aquella pistola, que tu jefe te había ordenado comprar para él, diciéndote que hicieses el favor de guardarle el secreto. Y lo hiciste estúpidamente, dando a ese hombre algo que podía servir contra ti... como así sucedió.

»Gatner no pensaba utilizar la pistola contra ti, al menos cuando te mandó comprarla; pero, hombre listo, sabía que aquello, con tus huellas, podía servirle en determinado momento.

»Y no se equivocó.

»Tu manera de ser y la confianza plena que tenías en tus superiores estuvieron a punto de perderte. Eras uno de los pocos, quizás el único, que ignorabas la clase de granujas que te rodeaban.

—¡No podía imaginármelo!

—Ése ha sido el mayor defecto que has tenido siempre, Olaf. En casa te ocurría igual... Estabas en las nubes y no desconfiabas jamás de nadie. Es

verdad que tu manera de ser, si fuese general, haría de este mundo la maravilla que todos hemos soñado alguna vez.

»Pero el mundo no es así, hermano mío... Los hombres, la mayor parte de las veces, son fieras ambiciosas que no se detienen ante nada para lograr los más sucios propósitos.

—Ahora ya lo sé.

—Y espero que te sirva la lección. Vamos.

Salieron del despacho y penetraron en una especie de salón, dónde había un grupo de personas. Una de ellas, una mujer, corrió a los brazos de Olaf.

—¡Miriam!

—¡Querido!

Law, acercándose a los otros, sonrió.

También estaba Fred allí, sonriente como todos.

—¿Sabe una cosa, señor Law?

—¿Qué, Fred?

—Me he despedido del hotel.

Law frunció el entrecejo.

—¿Eh? Quieres salirte con la tuya, ¿eh?

El otro bajó la cabeza.

—Es mi mayor deseo, señor.

—Bien. Después de todo, creo que te lo mereces, ya que has demostrado saber desenvolverte por ti mismo... De no haber sido por tu intuición, no hubieras adivinado que nos habían llevado a la Comisaría... y mis muchachos no habrían llegado a tiempo para evitar que Joe me hiciese pedazos.

—No tiene importancia.

—Te enviaremos a nuestra escuela, esperando que salgas de ella convertido en un excelente agente.

Los ojos de Fred brillaron de alegría.

—Y creo que todo esto está terminado —dijo Law—. Tú, Olaf, vas a ser nombrado, según he oído, director de la «Gedme». Todo el mundo espera mucho de ti... después de los quince días que van a concederte para que los pases, con tu joven esposa, en algún lugar tranquilo.

Se volvió a Pearl.

—En cuanto a ti, preciosa, me da lástima verte encadenarte a un hombre

como yo... no sabiendo, exactamente, el día que vas a convertirte en la viuda más bonita de los Estados Unidos.

—¡No digas eso, Law!

—Era una broma...

Miró a Fred intensamente.

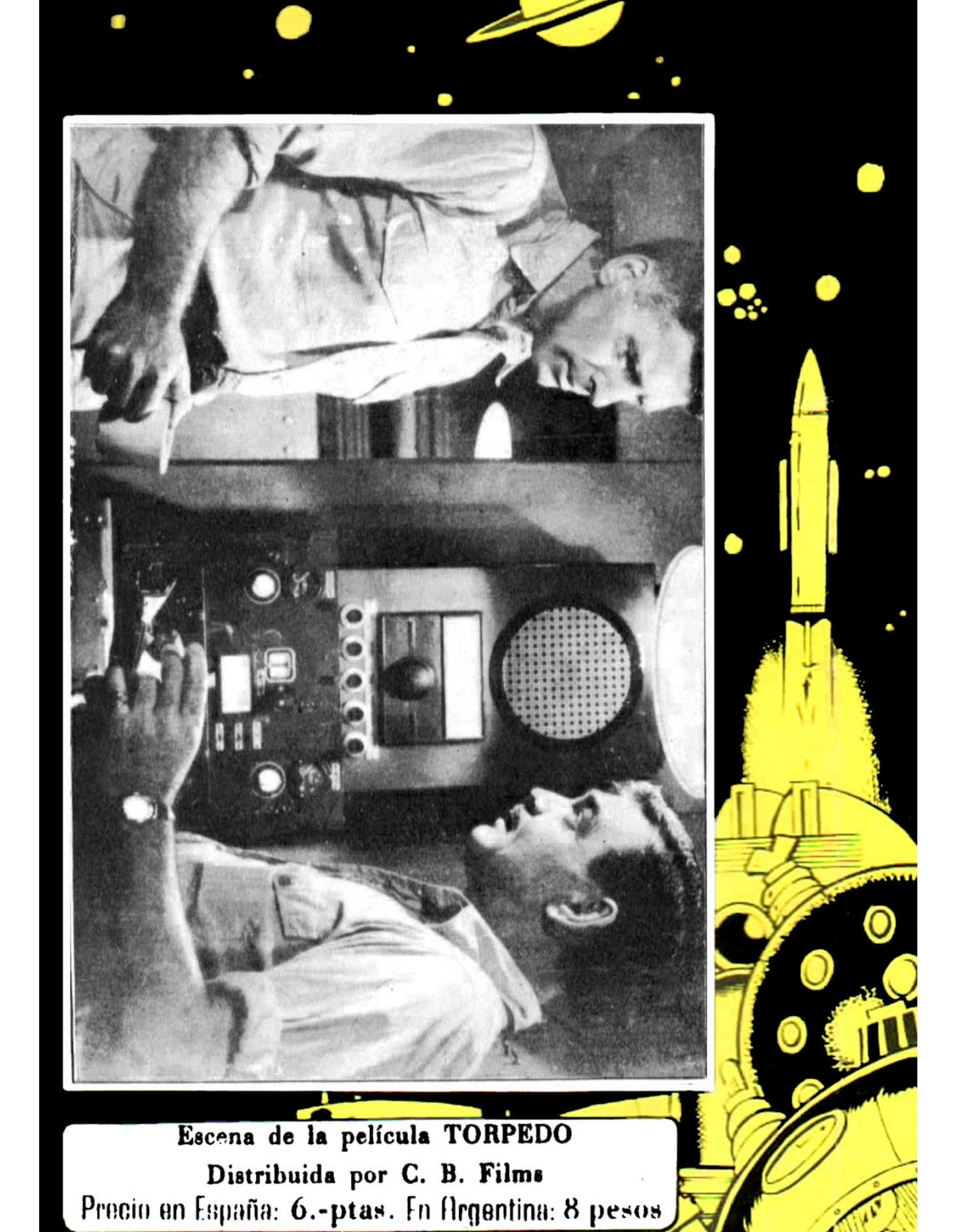
—¿Quieres volverte, muchacho?

—Sí.

Y cuando Fred les dio la espalda, Law se dirigió a su hermano:

—¡Aprovéchate, Olaf! Y tú, Miriam, comprueba, cuando te bese, si es el Olaf de verdad... Porque sería posible que tuviese otro hermano gemelo que, como yo, desease aprovecharse de las circunstancias...





Escena de la película TORPEDO

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos